

CONSIDERACIONES

SOBRE

LA HORRIBLE CRISIS ACTUAL,

GENERAL, SOCIAL-RELIGIOSO-POLÍTICA,

EN VIA DE RESOLUCION,

Y

SOBRE EL CUMPLIMIENTO

DE CIERTOS SIGNOS Y ANUNCIOS PROFÉTICOS.

Por N. P. C.



LÉRIDA:
IMPRENTA DE MONTES, HERMANOS.
Calle Mayor, núm. 78.

1870.

CONSIDERACIONES

SOBRE

LA HORRIBLE CRISIS ACTUAL, GENERAL,

SOCIAL-RELIGIOSO-POLÍTICA,

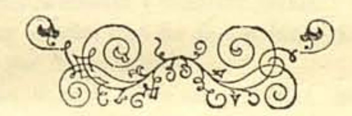
EN VIA DE RESOLUCION,

Y

SOBRE EL CUMPLIMIENTO

DE CIERTOS SIGNOS Y ANUNCIOS PROFÉTICOS.

Por U. P. C.



LÉRIDA:
IMPRENTA DE MONTES, HERMANOS.
Calle Mayor, núm. 78.

1870.

INTRODUCCION.

Motivos y razones del mayor peso y gravísimas me han impelido en cierto modo á dar á luz el presente opúsculo, ó mas bien folleto (por su brevedad) el que espone á la consideracion de los buenos y piadosos católicos la horrorosa crisis actual, general, social bajo su doble aspecto religioso y político, mostrando al mismo tiempo la proximidad é inminencia de su resolucion, cual vá á ser esta, es decir, su fin y término; si se regeneráran por lo menos ciertas naciones por medio de los tronos legítimos, ó bien todos los reinos y pueblos europeos van muy presto á constituir y formar un grande y famoso imperio bajo el régimen y yugo de algun célebre conquistador; problema es este, que nadie de tejas abajo es capaz de resolver. La tal alternativa parece ser muy probable. Lo que sin temor de errar puede decirse, es: por toda esta primavera y verano van á principiar los gravísimos acontecimientos religioso-políticos, que llenarán de pasmo y terror á las presentes generaciones; el tiempo de su duracion á nadie es dado el fijarlo; irán sin duda acompañados de plagas y azotes generales á la par que horribles, así como tambien de fenómenos espantosos, todo lo que no dejará de presentar un aspecto bien manifiesto, para poder juzgar de los tiempos presentes y caracterizarlos.

La falta de fé, por cierto, que ha de dar lugar á cosas que ahora casi se miran y se tienen por irrealizables.

El presente estado de cosas es de tal gravedad, que puede facilmente conducir á los mas horrorosos extremos. De consiguiente que nadie, al leer el contenido del presente folleto, esclame y diga: esto es demasiado fuerte: podemos, repito, venir á parar á ciertos extremos, que por lo comun no quieren creerse.

PRÓLOGO.

Estos dos discursos, mis caros lectores, que presento á vuestra consideracion, no pueden menos de llamar (solo por sus respectivos temas) la pública atencion, pues ¿á quien no le conmueve el aspecto religioso y político general, capaz de conducirnos á los mas espantosos estremos? ¿No hay por ventura razon y fundamento para temer, el ver realizados ciertos signos bien marcados en los libros santos, precursores del gran dia del Señor? Se nos anuncian cismas, y mas bien una general apostasia, ó bancarrota de la fé católica de parte de los Gobiernos; véase cuan inminente aparece la realizacion de tan tremendo anuncio. Se nos intiman terribles azotes y castigos de guerras de todas especies, hambres, pestiléncias, terremotos, etc. etc. ¿Quien hay que, visto el estado general social, no conciba un bien fundado temor de semejantes plagas?

Una cosa hay, que nos debe infundir terror y espanto, y es: que nunca se estará mas cerca de la consumacion de los siglos, que cuando se habrá casi perdido la fé de tan tremendo dia, y que serán pocos, los que vivirán con el santo temor de los terribles juicios del Señor. Mírese lo que ahora pasa, es decir, fíjese bien la consideracion en el espíritu público de estos tiempos, hablad á la actual sociedad del fin del mundo, del universal incendio, y del juicio universal, ¿qué es lo que al instante se percibe? ¡ha que casi uno no se atreve á espresarlo! risas satíricas, burlas y escarnios de unos, y la mas glacial frialdad de otros, y lo peor ¡que quieren ser tenidos por católicos! Bien lejos de querer suponer lo que no puede saberse de cierto, el cuando será solo Dios puede manifestarlo; mas de que se van advirtiendo ciertos

signos de irse aproximando el fin del mundo, esto no puede negarse. Si hubiere fé, se podria decir sin temor de errar: aun está bastante lejos, mas perdida esta por lo comun, causa mas que suficiente hay para temer su proximidad. Por lo mismo, católicos, leed con suma atencion los dos espresados discursos, pues el primero muestra con evidencia por desgracia sobradamente palpable los tan horrendos males sociales, que hoy dia, cual moral diluvio, todo lo han inundado, y en via de llenarlo todo cuanto antes de ruinas y desolaciones, y el segundo, bajo la denominacion de Fenómenos celestes, espone todos los signos remotos y próximos del último dia del mundo, cuya tan saludable consideracion debiera con frecuencia servirnos de estímulo para hacernos desprender del apego y loca aficion á los bienes falsos y engañosos de este mundo.

Fué este discurso escrito, luego despues de acontecido el Fenómeno, que se espone, y que me sirvió de base, para alargarme en la esposicion de los tremendos signos del dia del juicio universal; desde entonces la cosa pública se ha agravado de un modo aterrador, y por esto deseoso de la honra y gloria del Señor y el bien espiritual de las almas, he juzgado, que no dejaria de reportar su utilidad el publicarlo. Los dos discursos parecen encadenados. Si el primero manifiesta los males, el segundo los terribles castigos, que amenazan á las Naciones prevaricadoras.

Desde que se llegue á olfatear, que el sagrado concilio actual ecuménico va á tratar de ciertos puntos capitales, (yá estamos en este caso) tened por cierto católicos, que van á estallar horribles borrascas y las mas tempestuosas de parte de los gobiernos, que ya debieran ser llamados por otro nombre, que el de católicos. La Francia, Italia, Austria, España y Portugal, que son las únicas naciones que ya años há han pretendido amalgamar el liberalismo con el catolicismo, desde que se ha reunido el actual con-

cilio, acechan y están, como quien dice, arma al brazo, aguardando el momento de disparar sus armas, quiero decir, desplegar todo su ostentoso aparato de fuerzas para amedrantar (imposible) á la Sta. Iglesia, á fin de retraerla de condenar lo que inevitablemente debe serlo. Este tiempo decisivo, y que deben desearlo de todo corazon los buenos y fieles católicos, sean cuales fueren sus resultados, lo tenemos ya encima. Ahora se va á ver el maquiavelismo de la política especialmente de Francia; siempre ha sido mala, mas ahora va á causar grandes desastres, completando su obra de iniquidad. En estos instantes cunden voces bien fundadas, que se han hecho ciertas gravísimas advertencias á Roma, las que no hay que dudarlo, serán, como deben serlo, desechadas. Las consecuencias, repito, han de ser graves en grado supremo. ¿Habrá algun espantoso cisma? ¿puede ser? Podrán sostenerse aun por un poco de tiempo los gobiernos apóstatas, persiguiendo á sangre y fuego á los fieles católicos? Facil es, què esto tenga lugar. ¿Estamos espuestos en este caso á presenciar caidas funestas, es decir, apostasias caracterizadas? no será de estrañar. ¿No se podrá pues entonces decir, «*nisi venerit discesio primum*» como refiere S. Pablo en su segunda epístola á los tesanolicenses? ¿No nos podemos entonces encontrar en una de aquellas situaciones las mas violentas y tremendas? ¿Quien sabe, si el primer golpe, que está ya á punto de asestarse al sagrado concilio, va á ser el botafuegos, que vá á abrasar de arriba á bajo todo el cuerpo social, y hacer, que revienten todas las minas cargadas hasta lo sumo, sobre las que se hallan al presente situadas esas corrompidas naciones de Europa?

Avocados de consiguiente nos hallamos, católicos y monárquicos (hablo de la antigüa raza) á acontecimientos pasmosos, á la par que trascendentales, por su doble aspecto religioso y político, que los caracterizan. Clamemos al Señor, á fin de que se abrevien los dias de la gran tribula-

cion que nos amenaza ya tan de cerca. Por medio de los horribles conflictos religiosos y políticos, ó sociales, que vemos ya cernerse sobre nuestras cabezas, el Omnipotente todo lo acrisolará y purificará, arrancando y echando la escoria, que afeaba la pura y sana política, y á la misma santa religion, (hablo por supuesto de los católicos de todas clases, que con su mala vida en cierta manera la maltratan) y de este modo en pos de esta desecha y furiosa tempestad, se vean amanecer los tiempos tan suspirados de una completa regeneracion política y religiosa.

Por lo tanto cercándonos, ó católicos, tales y tan graves riesgos y conflictos así religiosos como políticos, es muy del caso y hasta necesario el vigilar, para no ser sorprendidos, y al mismo tiempo el hallarnos preparados y dispuestos para sacrificar hasta nuestras vidas en defensa de nuestra santa fé católica, si así lo requiere el caso. Otro tanto debemos hacer en caso de necesidad, si se presenta (como no deja de ser bien posible) por la legitimidad de la monarquia carlista, en cuyo triunfo queda como vinculado aquí en España el de la santa religion católica. Esta es la persuasion de todos los buenos y fieles católicos.

He querido ser algun tanto difuso en el Prólogo, por juzgarlo conveniente, y con la mira tambien, de que los lectores excitados por tales y tan grandes peligros, cuales son los que acabo de indicar, se penetren mas y mas del contenido de ambos discursos, reflexionando bien, cuan adecuados y consiguientes se presentan los efectos y resultados de un tal estado de cosas, tal vez (y aun sin tal vez) el mas violento, que se haya jamás visto desde el establecimiento del Cristianismo.

Por fin he reputado conveniente añadir á los espresados discursos cinco artículos, el primero, *Reflexiones sobre la Pasion del Señor*. El segundo, *Sobre el Triunfo de la Santa Iglesia*. Tercero y cuarto, *Sobre Roma*, que por cierto no dejará de conmover á los buenos católicos, y otro en latin muy interesante.

PRIMER DISCURSO.

Horrible cual ninguna otra es la crisis que en estos momentos aqueja y oprime á toda la sociedad, mayormente á la Europa, y en especial á algunas de sus naciones, tanto por lo respectivo á lo político, como á lo religioso.

La enfermedad, que al presente tiene, como quien dice, en angustias mortales á todo el mundo, y en especial á la Europa, arranca de la Apostasía de aquellos monstruos infernales Lutero, Calvino y otros, que pervirtieron la mayor parte de los pueblos europeos. De los pestilentísimos errores de tales heresiarcas se originó muy presto el Jansenismo, cuyos efectos fueron en sumo grado desastrosos por todas partes, llegando á inficionar gran parte de los principales miembros del cuerpo social. Vino tras él el filosofismo, que engendró el monstruoso liberalismo moderno juntamente con el racionalismo; así es que desde la última mitad del siglo pasado, en que tuvo lugar la tan funesta espulsion, y en cierto modo la abolicion del célebre instituto de la compañía de Jesus, hasta la misma del actual, son imponderables los estragos que ha esperimentado toda la sociedad, de modo que su enfermedad es tan grave como la que mas, y la crisis, por la que al presente está atravesándo, si no le da la muerte, es porque no perecerá del todo hasta la consumacion de los siglos. Tratemos en primer lugar del mas que triste y deplorable estado religioso del mundo todo, y en particular de esta mísera é infeliz Europa.

El Paganismo ó idolatría aun inundan y desolan el Asia, el Africa y parte de America; el Mahometismo immundo apesta tambien muchos paises del Asia, Africa y hasta de Europa; los cismas y las herejías, y una impiedad mas descarada y desenfrenada tienen del todo carcomidas á la Europa y America. A vista de cuanto acabo de esponer ¿no puede asegurarse sin el menor riesgo de equivocarse, que es de las mas graves la enfermedad, que padece hoy dia toda la sociedad de uno á otro extremo del mundo? ¿no puede, repito, decirse, que la crísis en que al presente se halla, y que la agovia y oprime de un modo horrible, es de tal gravedad, que no será de estrañar que el dia menos pensado termine de una manera la mas funesta, que concebirse pueda asemejándose bajo cierto aspecto á la misma muerte? Cuando un sujeto padece una enfermedad de las mas graves y peligrosas, así que el paciente entra en la crísis, que acompaña á toda enfermedad peligrosísima, tanto el médico encargado de su curacion y restablecimiento, como todos los de la familia no dejan de hallarse en gran zozobra y recelo, esperando el resultado de la misma, es decir si termina bien ó mal, proporcionando la salud ó la muerte. Ved pues que en igual terrible trance se encuentra en estos solemnes momentos la sociedad entera, estando todo el mundo, como quien dice, á la spectativa de como va á resolverse, si restableciéndose por un cierto tiempo el órden social, volviendo todo á su respectivo centro, del que al presente paréce que se halla todo separado, ó bien llegándose hasta los extremos horrorosos, que se asemejen á la misma muerte social.

Por una parte inspiran confianza ciertos síntomas ó signos que aparecen en el cuerpo social, los que tal vez sean presagios de rápidos acontecimientos, que preparados y dispuestos por el Altísimo, de un modo portentoso y providencial aunque un poco penoso nos conduzcan á una regeneracion social, tanto tiempo há tan ansiada y suspirada. ¡Ojalá así se cumpla!: mas por otra parte, atendido el horrible estado actual general, social, atendidas, repito, la ceguedad y obstinacion en toda especie de iniquidades, que han invadido é inficionado todas las clases sociales, desde las superiores hasta las inferiores, no deja de ser bien fundado el temor, de que preceda á la restauracion de las sociedades algun general y horrendo cataclismo, es decir un cúmulo de plagas y calamidades espantosas, de que se sirva la divina Providencia para castigo de tanta prevaricacion y escarmiento general de las naciones. En esta alternativa nos encontramos al presente.

Si tan espantoso y aterrador se presenta el actual estado general-social-religioso, ¿podrá menos de serlo el moral? ¡ha! ¡que uno no se atreve á remover las aguas fétidas y pestilentas del inmundo charco de la inmoralidad!

Todo el cuerpo social está descarnado, corroido y desfigurado por el horrendo cancer de la desmoralizacion: todas sus clases indistintamente altas y bajas (con raras escepciones) sumergidas en el lodazal de la inmoralidad.

En efecto, échese una vasta y penetrante mirada por todos los pueblos y reinos, léase la estadística criminal de todos ellos, y se presentará un espectáculo monstruoso y aterrador, nunca desde el establecimiento del cristianismo visto ni oido. La sociedad cebada en toda clase de vicios, como buitre en su presa. Dejemos á un lado los reinos é imperios idólatras y paganos, los mahometanos, cismáticos y heréticos, pues en todos los espresados no pueden menos de predominar todos los vicios, por faltarles la base fundamental de la moralidad, ó bien por hallarse corrompida y alterada por causa de errores contra la fé. No hablemos sino de aquellos pueblos, que hasta ahora han querido cubrirse y abrigarse (aunque hipocritamente) bajo la capa de

católicos, como son Austria, Italia, Francia, España y Portugal. ¿Que grado marca el termómetro moral de las espresadas naciones? El mas bajo, y aun pasa. La soberbia altivéz y orgullo reinan por lo comun en las clases altas, así como tambien el egoismo que es el fomento y cebo de todos los males sociales. La avaricia, de donde nace la usura, se ha generalizado de tal suerte por todas las clases, que este parece ser el monstruoso ídolo hoy dia adorado del comun de las gentes, siendo à la vezel gran resorte, que todo lo conmueve y agita. Negocios, que proporcionen capitales é intereses, ved pues la principal ocupacion del hombre.

Añádanse á esto los mentidos goces que con tanta ansia se buscan. Los estragos originados de esa pasion indómita de la codicia de adquirir, y de las usuras, son inponderables. Buen testimonio nos dan tan gran número de familias arruinadas y devoradas por ese infernal mónstruo de la usura hoy dia desencadenado por los mismos gobiernos.

¿Y que dirémos de las inmundicias de la luxuria, que ha inficionado y apestado de tal suerte todo el cuerpo social, que sin temor de errar podemos aplicarle aquellas tremendas palabras del Libro del Génesis *omnis caro corrumperat viam suam*. Por cierto que no es exageracion lo que acabo de esponer, y sino considérese bien lo que está pasando en todas partes, tanto en las ciudades, como villas y pueblos por reducidos que sean; ¿que espectáculo presentan por lo tocante á este infame vicio? ¡ah! que uno casi no se atreve á esponerlo por el asco y hastío que causa! Concubinatos, adulterios, divorcios, la mas descarada prostitucion etc. etc. son en todo lugar el horrible y monstruoso cáncer que desfigura el cuerpo social, lo envilece y degrada. Este infernal fuego hoy dia tiene junto á sí por desgracia muchos combustibles, donde cebarse, como son los teatros, novelas indecentes, bailes escandalosos, el lujo

estremado en el vestir, y sus modas tan indecorosas, el desenfreno en el lenguaje, el poco recato en el sexo débil, la loca aficion á la música y canto afeminados, así como tambien á los viajes recreativos, y paseos no de distraccion, sino de diversion y complacencia, la costumbre de tertulias y reuniones de ambos sexos, donde por lo comun no suele preponderar la modestia y el recato, y otras varias costumbres peligrosas y malignas de estos tiempos; añadamos á todo esto por desgracia aquí en España esto, á que se le da el nombre de matrimonio civil, que sin duda ha de ser un nuevo foco de desmoralizacion y escándalo; todo esto que acabo de indicar, señala con toda evidencia los horrendos estragos, que al presente causa el maldito y tan degradante vicio deshonesto.

Los odios, iras y rencores, discordias y disensiones, bien se dejan conocer hoy dia por sus funestas y desastrosos efectos tan comunes y generales, como son homicidios, infanticidios, parricidios, fratricidios, uxoricidios, y otros de esta especie, cuyos horribles crímenes tan frecuentes manifiestan, que las actuales generaciones merecen el infame dictado de fieras y sanguinarias, capaces de devorarse mutuamente.

Los excesos de la gula en ambos sexos nunca, nunca habian sido tan comunes; ¡y á fé que son no poco fatales los resultados de tan vil é infame vicio! La envidia es tan comun y general hoy dia, que fácil es, promueva alguna desoladora tempestad social, atendido el antagonismo, que en nuestros dias reina entre ricos y pobres, gobiernos y pueblos.

La desidia y descuido en el gran negocio de trabajar por la eterna felicidad, único fin de nuestra existencia, ya no puede ser mas general de lo que es.

Agréguese á lo dicho el infernal lenguaje renegador y blasfemo, satírico y burlesco, de cuanto hay de sagrado en

el cielo y en la tierra; el grosero materialismo de muchos semejantes á las mismas bestias, y aun peores; la indiferencia en materia de religion en no pocos de elevadisimo poder, y aun el odio mortal, que manifiestan muchos de todas clases á la santa religion. Atendido este tan espantoso cúmulo de males, que padece la actual sociedad, ¿no es de temer, repito, algun cataclismo social tal vez sin ejemplar en las historias? ¡ah! ¡que por mas que nos aliente la confianza en la grande é infinita misericordia de Dios, tambien debe infundirnos grande temor y espanto su tremenda y recta justicia vindicativa!

Quiero tambien tocar aunque superficialmente el estado político y social general. ¿Y cual es? ¡ah! ¡que por cierto se presenta sumamente aterrador! Cuestiones generales y particulares agovian y oprimen á todos los imperios y reinos, que facilmente pueden sepultar á todos entre ruinas y desolacion.

En efecto las cuestiones generales como son la de Oriente, la de Alemania, la de Italia, y otras varias, así como tambien las particulares de cada reino, son como unas minas, que se comunican, y que cuando llegue á estallar alguna de las espresadas, ya sea general, ya particular, fácil es que revienten pronto las demás con horroroso estruendo, convirtiendo al mundo, y en especial la Europa, en un cúmulo de ruinas, en un mar de sangre y de angustias.

Los gobiernos modernos parece, que andan á ciegas y entre tinieblas; han abandonado el principal guia, (la religion santa) y por esto á todo vapor marchan al horrible precipicio y abismo, que los ha de tragar.

Hoy dia se parecen los reinos é imperios á un enfermo, que no puede guardar ninguna posicion, que le dé descanso. Se vuelve ya de un lado ya de otro, boca arriba, boca abajo, sin hallar reposo. Están los tales, tocados del vértigo revolucionario, y les agita de un modo horroroso.

Cada nacion con sus planes políticos parece, que está construyendo una semejanza de Torre de Babel, que vientos huracanados la hora menos pensada van á derribarla.

Con el sistema liberal y económico ó administrativo han conducido los gobiernos europeos las naciones á una completa ruina con sus excesivos gastos, que ya no pueden sobrellevar. Tanta complicacion en la Maquina gubernamental para centralizarlo todo, lo invertido en el equipo y mantenimiento de unos tan numerosos ejércitos, la poca fidelidad en los empleados públicos, y otras varias causas preparan ya de cerca una espantosa bancarrota general.

El pueblo contribuyente cansado y fatigado de tanto tributo está á punto de negarse á toda clase de pagos. La empleomania ha invadido á todas las clases; de aquí el gérmen de muchos males sociales. Los gobiernos entre sí hoy amigos, mañana enemigos; ya combinan planes unidos, y luego los desechan discordes; por mas que se den palabra de ayudarse unos á otros en sus empresas, no se fian, ni suelen guardarla. A los mas poderosos les predomina la ambicion de absorverse á los que lo son menos, de modo que las tendencias actuales son de constituirse grandes imperios ó alguno sin igual en los fastos históricos.

Veamos por fin el estado social general. Reyes y vasallos, gobiernos y pueblos, todos se profesan un odio mortal. Fraccionadas las naciones en tantos partidos, de los que unos han podido disfrutar del mando, y otros no: invadidas al presente todas del socialismo y comunismo, que es la última inevitable consecuencia del liberalismo, se encuentran hoy dia amenazadas todas de ser víctimas del mas horrible y general latrocinio. Los gobiernos modernos nada han respetado ni la propiedad sagrada, ni la profana de corporaciones, así pues no es de estrañar, que por el inevitable curso de la lógica se complete todo esto con el mas horrendo desborde social. Atiéndase bien al gran desar-

rollo que han tenido en estos tiempos las ideas socialistas y comunistas en todas partes, y al mismo tiempo el terrible antagonismo de clases entre pobres y ricos, todo esto indica que caminamos por encima de un espantoso volcan social.

Fíjese tambien la consideracion en que las casas todas, y en especial las de aquellos, que tienen algo que perder, todas se hallan pertrechadas á manera de fortalezas, los particulares casi indistintamente todos armados, en casa, en las calles, en los caminos y plazas, siempre temerosos y recelosos de verse asaltados de algun enemigo que intente ó quitarles la vida ó los intereses. Todo esto ¿que prueba? que el estado actual general social es en sumo grado violento, y espuesto á la hora menos pensada á acontecimientos los mas pasmosos y funestos. Ved, pues, los amargos frutos que ha producido el pestilente árbol del liberalismo. La ruina espiritual de los reinos por el abandono y desprecio de la santa religion, y la temporal por la malversacion de sus intereses.

Con todo cuanto acabo de esponer, dígase si es ó no temible un diluvio de males, y que sirva de general escarmiento á todas las clases de la actual sociedad prevaricadora, y á mas no poder corrompida.

Acabado el diluvio, apareció el arco iris. En medio de tan angustioso estado en que nos hallamos, espuestos á una especie de diluvio social, tambien se ven los arcos iris, que han de anunciar y traer la paz y prosperidad espiritual y temporal á toda la sociedad, cuales son el actual Concilio, y las nuevas dinastías legítimas reservadas de un modo providencial para la regeneracion política y aun religiosa (por apoyo que prestarán á la santa iglesia) de ciertas naciones, que sin ambages ni rodeos quiero manifestar, y son España, que posee para su remedio la dinastía carlista, Francia la de Enrique V., y Portugal la

miguelista: los tres dinastas al parecer semejantes al fuego nuevo han de dar vigor y calor, cada uno á su respectivo cuerpo social, que habrá quedado como helado y yerto de frio en medio de un invierno el mas áspero y riguroso que lo habrá afligido y oprimido, (la tremenda revolucion): ¿y quien sabe si de entre estas hay una, destinada para llevar á cabo la mas grandiosa empresa que habrán presenciado los siglos, cual seria la monarquía universal cristiana y católica? Los juicios de Dios por cierto que son inescrutables, ¡y no seria de estrañar, que á la consumacion de los tiempos precediera un tan grandioso espectáculo!

Así como, pues, á la regeneracion política y social preven sujetos juiciosos y reflexivos, que ha de preceder una horrenda catástrofe social, que sirva de general escarmiento á todas las clases sin distincion, así tambien á la regeneracion religiosa y moral que ha de acompañar á la primera, para ser completa, no deja de ser fundado el parecer de aquellos que opinan y dicen, que la precederá una grande persecucion motivada de la general apostasía de parte de gobiernos, que harán completa bancarrota en la fé, negando del todo su obediencia á la Santa Sede Apostólica, maltratando y persiguiendo de muerte á los verdaderos y fieles católicos, y en especial á sus cabezas. En este caso se establecerán leyes anticatólicas bajo horribles penas, las que sin duda serán aplicadas con toda aspereza y crueldad. Considérese lo acontecido en el establecimiento del luteranismo, calvinismo y cisma de Inglaterra, pues factible es que se reproduzca este espantoso espectáculo.

Atiéndase bien al Concilio actual vaticano, porque podrá ser la piedra de toque y dar lugar á lo que he indicado. Fíjese sobre todo la vista en el Sillabus y su cumplimiento, así como tambien en todos los demás decretos y disposiciones que tomará el Santo Concilio; esta consideracion puede dar mucha luz para el acierto en cosas de

tanta trascendencia. ¿Habrá docilidad de hijos en los actuales gobiernos para someterse á las decisiones conciliares? cualquiera puede dar pronto la respuesta.

Por lo mismo, católicos, si estos presentes tiempos son de seduccion, hasta ahora, presto pueden cambiarse en ser de violencia y persecucion; así es que á todos nos interesa en gran manera y en especial á nosotros, mis amados compañeros en el santo ministerio, revestirnos del espíritu de fortaleza, para sacrificar en caso de necesidad nuestras vidas en defensa de la santa religion católica, imitando á los santos y gloriosos mártires del cristianismo. Esta particular gracia la obtendrémos del Señor, clamando y orando, y mostrando el debido celo por la honra y gloria de Dios Nuestro Señor, y cumpliendo con exactitud los altos deberes, que nos impone nuestro sagrado ministerio. Sobre nosotros, repito, es fácil que gravite mas de lleno la ira de los perseguidores, y por esto tenemos necesidad de mayores auxilios.

Tambien esperimentarán terribles contratiempos los buenos y fieles católicos; por lo tanto muy del caso es vivir alerta y prevenidos, considerando que son dichosos *los que padecen persecucion pnr la justicia, porque de ellos será el reino de los cielos.*

En una palabra, monárquicos católicos, espuestos estamos á tener que padecer por las dos mas preciosas joyas, que son Altar y Trono. No nos arredren los fuertes trabajos, que tengamos que soportar y sufrir en defensa de tan sagrados objetos, cooperando y contribuyendo con toda clase de sacrificios reales y personales á la regeneracion política y religiosa tan suspirada.

Un párroco dispuesto á arrostrar todas las consecuencias, por no prestar ni absoluta ni condicionalmente el juramento prescrito é impuesto por el Gobierno.

Ya veis, católicos, los gravísimos proyectos, que acaban de publicarse relativos al juramento del clero, y su arreglo y reforma, (así se espresan los famosos reformistas) y que sin duda irán seguidos de otros no menos trascendentales. ¿Hay necesidad de prevenir á la clase respetable del clero el como debe portarse en semejante trance? parece que no. ¿Quien hay que no tenga bien reflexionado el paso decisivo, que debe dar, cualesquiera que sean sus consecuencias? Que lo miren bien los de conciencias acomodaticias, por cuanto su proceder podrá acarrearles los mas funestos resultados. Segun el curso, que llevan ahora los acontecimientos, van à concluir muy pronto las transacciones y paliativos, de modo que lo blanco será blanco, y lo negro negro, á pesar de todas las potestades de la tierra y del infierno. En Francia comenzó la terrible persecucion contra la iglesia bajo el pretesto del juramento del clero y su reforma ¿vá á ser esta la via, que al presente intenta recorrer la revolucion española? parece que sí. Anunciada está una terrible persecucion, fácil es, que sea la presente, que ya asoma su faz monstruosa. Debemos confiar, que será de corta duracion. Sin duda será para todas las clases sociales y especialmente para la del clero como el crisol, donde se purifica el metal precioso. Si solo el intento y voluntad del actual Concilio general ya manifiestos para la declaracion de cierto dogma, y condenacion de todas las tan pestilentes doctrinas modernas ha conmovido sobre manera á los actuales gobiernos católicos, (de solo nombre) haciéndoles dar ciertos pasos extralimitados y ridículos á mas no poder, ¿qué será, cuando se realice lo que con tanta ansia esperan todos los buenos y piadosos católicos? Para entonces, no sin graví-

simo fundamento, se preven y se presienten fuertes y tremendas acometidas, las que por cierto no harán retroceder un paso á la Iglesia docente asistida y auxiliada con las luces y gracias sobrenaturales. Podrán si los gobiernos con su política maquiavélica lograr, tener de su parte á algunos de la clase del clero, hasta de la alta gerarquia, empero todo esto no hará otra cosa, que hacer brillar mas y mas la Santa Iglesia libre de los miembros corrompidos y pestíferos.

Parece, que lo que dentro breve tiempo, á no mediar obstáculo alguno, que lo impida, (lo que Dios no permita) ejecutará el santo concilio general vaticano, ha de ser una verdadera imagen y semejanza de lo que acontecerá en el juicio universal, es decir, unos á la derecha del justo juez, y otros á la ízquierda, la mas completa separacion entre unos y otros; pues esto mismo, repito, vá á verificarse ahora; los buenos católicos sumisos y obedientes á la autoridad pontificia, estando á la derecha del juez infalible, (el supremo Gerarca, el Papa) y los otros rebeldes á sus mandatos, á la izquierda, esto es, unos dentro y otros fuera del gremio de la Santa Iglesia. Roguemos al Señor, que se abrevien los dias de la tribulacion, que tan próxima aparece. Dichosos y bienaventurados todos cuantos padezcan persecucion por la justicia, porque de ellos será el reino de los cielos. La consecucion de la gloria celestial estimulaba á los primitivos cristianos, á sacrificar hasta con contento y alegria sus vidas entre horribles tormentos; pues que sea este mismo nuestro estímulo, para soportar toda clase de penalidades, ya sean cárceles, ya destierros, ya confiscaciones de bienes, ya transmigraciones, en una palabra hasta la misma muerte.

Los que mas espuestos han estado siempre á las iras de los perseguidores en todos tiempos han sido los eclesiásticos fieles; por lo mismo no será de estrañar, que se reproduzca al presente este espectáculo, que si por una parte infunde

tristeza, por otra se presenta provechoso á la par que grandioso por sus excelentes, admirables y copiosos frutos. En efecto, ¡cuan á propósito para el santo ministerio de la predicacion y administracion de los Sacramentos son todos aquellos sacerdotes, cuya fidelidad ha sido probada por medio de los padecimientos! Estos no pueden menos de ser sumamente respetados y venerados de los fieles.

Así es que de las persecuciones siempre resulta un gran bien. Dios las permite para poner de manifiesto el mal, que no pocas veces se oculta bajo la capa del bien: (la hipocresía) y el bien, que el espíritu mundano de una falsa política solia vituperar y ridiculizar.

En una palabra la verdad y el error, el bien y el mal aparecen, y se muestran sin antifaces, es decir, tales cuales son. ¿Quien hay, que no esté ya cansado y fastidiado de la moderna Babel, que con su dorado caliz pestilente y letífero, de cuyo embriagador licor por desgracia han bebido todas las clases sociales, lo inficiona y corrompe todo?

Todos los buenos católicos, y en especial sus cabezas y guias deben alegrarse, de que concluirán del todo las farsas y el fariseismo, que tantos estragos en lo religioso y en lo político han causado, durante esta funestísima y tan dilatada época del liberalismo. ¡Ojala que el rompimiento decisivo, que por el curso ordinario de los sucesos actuales debe tener lugar entre las dos potestades, se hubiera realizado veinticinco ó treinta años antes, pues no estarian sin duda tan corrompidas, como lo están al presente las sociedades, y por lo mismo no serian tan numerosas las apostasías, como amenazan serlo en la actualidad! Mas ¡oh justos juicios de Dios! las horribles y tan generales prevaricaciones sin duda habrán motivado la prolongacion de esta época la mas funesta y desastrosa! En fin antes de morir que sucumbir en la fuerte batalla, á que se nos provoca.

La apostasía ó cisma de los gobiernos, que segun todas

las probabilidades no se sujetarán á los decretos del actual concilio ecuménico, aunque no han sido públicos y manifiestos en esta desgraciadísima época, por haberlo detenido la tal vez sobrada condescendencia del supremo Gerarca á las pretensiones de los gobiernos por medio del concordato, que siempre se han cumplido por lo respectivo á los daños y perjuicios espirituales y temporales de la Iglesia, y no en lo relativo á la parte beneficiosa para la misma en toda su estension, sin embargo el espíritu de todos los gobiernos modernos no ha sido otro, que el de promover la apostasía y los cismas por medio de sus ingerencias en los derechos ó jurisdiccion canónica, tratando á la Iglesia como á esclava y como si hubiera de servir al Estado en cuanto á los espresados gobiernos se les antojase. Gracias á Dios, pues que este horroroso y tan penoso cautiverio vá á tener fin. Verdad es, que el sacudimiento amenaza ser muy fuerte: tal vez no falten mártires, que gustosos sacrifiquen sus preciosas vidas en aras de sus sagrados deberes, lo que contribuirá al mayor esplendor de nuestra Sta. Madre la Iglesia. Por medio de esta prueba purgativa, toda la clase clerical, es de esperar, que aparezca y se muestre dotada y revestida del espíritu católico como en los tiempos primitivos, libre y exenta por lo comun del contagio del siglo, y dispuesta como entonces para toda clase de trabajos apostólicos, cuyos frutos no podrán menos de ser copiosísimos. El comun de los fieles, teniendo unos pastores tan á la medida del corazon de nuestro Señor Jesucristo, sin duda mostrará su gran piedad y fervor á semejanza de los primitivos cristianos, cuyo tenor de vida tan santa y ejemplar, tanto pasma y admira. Para poder gozar de tan delicioso espectáculo, por muy bien empleados deben tenerse, cuantos trabajos quiera el Señor enviarnos.

Entre tanto no nos descuydemos, antes bien aprovechemos todos estos preciosos momentos, clamando al Padre celestial, que nos tenga de su santa mano, para poderle dar el mas completo testimonio de fidelidad en medio del conflicto inminente.

SEGUNDO DISCURSO.

FENÓMENOS CELESTES.

Comienza ya á hacerse célebre el fenómeno llamado lluvia ó caida de estrellas, que suele verificarse del 12 al 14 de Noviembre. Estraño sobremanera que hayan permanecido silenciosos y mudos hasta ahora los señores de los observatorios astronómicos, nacionales y extrangeros, á menos de no haberlo percibido, ó bien observado en sus zonas, lo que dudo por acostumbrar dicho fenómeno á ser bastante general. No entiendo yo de astronomía; y por esto he aguardado esos quince dias á ver si algun astrónomo ó aficionado corresponsal de algun periódico daría relacion circunstanciada del espresado fenómeno, que segun testimonio de muchos sujetos de diferentes pueblos de estas comarcas de las provincias de Tarragona y Lérida, fué observado dos noches sucesivas del 12 al 14 del mes de Noviembre del año anterior. Diferentes veces ha sido observado ya el espresado fenómeno tanto en América como en Europa. A no equivocarme, de cuatro ó cinco veces en lo que vá de siglo y desde últimos del pasado, lo mas singular del fenómeno es, que suele efectuarse en las fechas espresadas sin guardar tiempo fijo, es decir, el número de años meses y dias etc. etc. como acontece en los eclipses de sol y luna y curso de los astros. Así es que un célebre astrónomo calculó, que en las mencionadas noches del referido mes del año 1867, tendría lugar la célebre aparicion de estrellas cadentes, y todos sabemos, que se efectuó el año anterior, y ahora se

ha reproducido en el presente. Por esto no salen ciertos los cálculos de los años de su aparicion. Voy pues á relatar el dicho fenómeno.

Segun vulgar opinion de los astrónomos consiste en un anillo, ó como quien dice, círculo lleno de asteroides, bolidos, areolitos, que á manera de los cometas va circulando por la inmensidad de los espácios celestes, y hasta que toca ó llega á la admósfera terrestre, no se divisa; mas entonces como si todo lo restante de las regiones celestes quedase á oscuras y sin movimiento, toda la atencion se fija en el espectáculo maravilloso é imponente, que tiene lugar. Sucede alguna vez ir acompañado el espresado fenómeno de una aurora boreal, que tanto pasma en una noche serena. Otras veces si en el anillo ó círculo hay bolidos ó bien areólitos, parece un campo de batalla por el ruido de esplosiones semejantes á cañonazos, y descargas de fusilería, cayendo no pocas veces piedras meteóricas, que tanta admiracion causan á los sabios, que se ocupan en querer indagar su orígen y formacion, sin poder atinar y fijar bien sus cálculos. Si no lleva mas que asteroides dicho anillo se asemeja á una lluvia; por esto se le dá el nombre de lluvia de estrellas. Son á miles y hasta centenares de miles las estrellitas que van cayendo, pareciéndose á la caida de las chispas centellantes, que se desprenden de las ruedas de fuegos artificiales, ó pirotégnicos. Otras veces son mas reducidas, pero mas voluminosos, cuando se desprenden de su respectivo centro. Por relacion de muchos testigos de vista esta vez iban cayendo y desprendiéndose de arriba en masas fulgentes, y muy voluminosas, llenando de un gran resplandor la admósfera, como si fuese de dia. El fenómeno tuvo lugar en la parte occidental, causando por cierto no poco terror y espanto á los que lo presenciaban desde mucho antes de amanecer. Lo que atemorizó mas en la segunda noche, fué: el haberse divisado

en el centro del fenómeno luminoso como una especie de figura horrible y monstruosa.

He querido dar todos estos pormenores, que me han parecido oportunos. ¡Espectáculo es este por cierto pasmoso, ver aquella multitud de estrellas, como si cayesen del cielo estrellado con la mayor rapidez y velocidad á manera de lluvia! con decir los astronomos; esto nada tiene de particular: es como los demás fenómenos naturales: así se concluye. Mi intento en el relato presente no ha sido otro, que recordar á los buenos y piadosos católicos, y en especial á los olvidadizos, (que por desgracia no son pocos en estos depravadísimos tiempos del mas grosero materialismo) los tremendos juicios de Dios, relativos á los últimos tiempos de la consumacion del siglo, ó bien de este mundo, los que anunciarán de antemano horrendos signos descritos en el Santo Evangelio, cartas de los santos apóstoles é inspirados escritos de los antiguos profetas. Ya sé, que me escarnecerán tal vez no pocos de los llamados espíritus fuertes, ó por mejor faltos de fé, diciendo: ¿de que viene á tratar, ni á hablar este fanático? ¡estamos ahora para escuchar semejantes tonterías! ¡esto podia pasar allá en otros tiempos de frailes y monjas etc. etc.! ahora estamos ya curados de miedo por semejantes espantajos! ¡tiempo es este de hablar de adelantos materiales, y científicos, de libertad de cultos, de asociacion, y reunion, de sufragio universal, democracia y república! ¡estas, estas son las grandes cuestiones, que interesan! ¡todo lo demás acerca de la religion, Dios y moral evangélica, y en fin acerca de los futuros destinos del hombre, son necedades, y frivolidades propias de personas ilusas!. ¡Santo Dios! ¡que horrendas blasfemias! ¡Perdonadles, Señor, pues no saben lo que se dicen!

Pasando por alto, y haciendo caso omiso de estas y otras semejantes burlas satánicas, á vosotros me dirijo, amados

católicos, para que reflexionando bien lo que está pasando, y lo que de uno á otro dia puede sobrevenir aquí, allá y acullá, es decir en todas partes, nos fijemos en los signos ya remotos ya próximos del gran dia del Señor. No seamos del número de aquellos infelices y desgraciados, que perdida la fé, ó bien del todo muerta ó cuando menos apagada por su ciega y embriagadora aficion á los intereses y placeres, que son hoy dia el maldito ídolo del mundo, viven aletargados, y del todo olvidados del terrible dia del Señor. Escuchadlos á los primeros, si se habla en particular de los signos horrendos, que han de preceder al gran dia; pues el Santo Evangelio los compendia de este modo: «se levantará gente contra gente, reino contra reino; habrá grandes terremotos por los lugares, pestilencias y hambres y fenómenos espantosos en el cielo; se obscurecerá el sol, y la luna no dará luz; las estrellas caerán del cielo; y se conmoverán las virtudes de los cielos: aparecerá tambien el signo del Hijo del Hombre en el cielo, esto es la Santa Cruz; y entonces llorarán todas las tribus de la tierra.» San Pablo se esplica así: «precederá al tremendo y universal juicio el abandono general de la fé católica, es decir, la separacion del gremio de la Santa Iglesia de parte de los reinos, que negarán la obediencia al Supremo Gerarca (el Papa). Se manifestará ó se descubrirá entonces el hombre de pecado, el hijo de perdicion (el Antecristo) que se levanta sobre todo lo que se llama Dios, de suerte que se sentará en el mismo templo de Dios, mostrándose como si fuese Dios.» Estos son los signos, que anunciarán el tremendo dia del Señor. Mírese ahora bien la actual situacion general del mundo, y todo lo que está aconteciendo de unos años á esta parte.

Pero vuelvo á lo de antes: si les hablais á los ya espresados espíritus fuertes de cada uno de estos signos en particular, luego se despachan á su gusto de este modo: hombres, dirá el católico reflexivo, ¿no aparecen las guerras, que tan de cerca amenazan, con su carácter especial de civiles y sociales es decir, intestinas, ó domésticas, siendo bien presumible que sean tambien á un mismo tiempo de poder á poder, es decir, esternas, y lo que es mas de considerar, unas y otras generales? ¿Si serán las guerras, que anuncia el Evangelio? A esto responden: ¿por ventura no ha habido guerras tales en otras épocas antiguas y modernas? El carácter de las que muy pronto al parecer van á principiar en todas partes, es, segun se ve, muy de notar; no, no responden: son como otras. Los terremotos ¿cuan frecuentes y generales son de unos años á esta parte? ¿y que numerosas víctimas han hecho poco tiempo há en América, y pocos años há tambien en Europa? tampoco tiene esto nada de particular, pues en las historias se leen numerosos terremotos con sus víctimas: así contestan. Lo mismo dicen de las hambres y pestilencias por mas generales, que se presenten, y aunque como quien dice, amenazan despoblar el mundo, como no dejan de presentarse indicios de semejantes plagas ya de unos años á esta parte. Dice el Evangelio, que caerán las estrellas del cielo; esto es un fenómeno tan natural, responden, como los otros. El sol habrá perdido su resplandor, obscureciéndose así como tambien la luna; á esto responderán: causas naturales lo han motivado. Un signo hay que es del todo extraordinario y milagroso, la aparicion del signo de la santa cruz en el cielo, el que alguna vez se ha realizado; tampoco se hará caso, y dirán que es ó una ilusion, ó bien idearán sus causas naturales sin razon ni fundamento. Por mas que se generalicen todas las tremendas plagas de la divina Justicia, y por mas que llenen el mundo de ruinas y desolacion, los que han perdido la fé, ningun caso harán; y los que la tienen, pero muerta por causa de su depravacion, responderán poco mas ó menos lo mismo, y dirán: ¡allá

me lo allegues! ¿quien sabe, cuando esto tendrá lugar?

He querido recordar todo esto, amados católicos, presentandoos cabalmente un signo bien marcado en el Santo Evangelio, que: «las estrellas caerán del cielo.» No es regular que hagan de desprenderse del firmamento los grandes astros, que están como enclavados en él, sino que para el cumplimiento literal del Santo Evangelio podemos pensar, que basta el fenómeno espuesto; el que á proporcion de la mayor proximidad del gran dia podrá presentarse por su mayor frecuencia y otras particularidades con cierto especial carácter, así como las guerras, pestes y hambres, terremotos, tempestades marítimas y terrestres, inundaciones y sequías, y la mayor aspereza y crudeza en las estaciones del año, etc. etc.

Lo que no poco debe incitarnos á reflexionar en estos calamitosos tiempos, que atravesamos, sobre los tremendos juicios del Señor, y en especial sobre si se van ó no precipitando los últimos tiempos, son primeramente los funestos anuncios de los hombres mas eminentes acerca del virus anticristiano, que ellos preveian, ya no pocos años há, que seria la mortífera gangrena social, cuyo cumplimiento tenemos bien á la vista, y cuyos efectos estamos ya en via de verlos desastrosos á mas no poder. ¿A quien además no infunde sumo terror y espanto el horrible aspecto general, social y político, religioso y moral? ¿Por ventura no han cundido por todas partes voces, de que la Santísima Vírgen en su milagrosa aparicion á aquellos dos dichosos jóvenes de ambos sexos, en el territorio de la Saleta, en Francia, les comunicó ciertos gravísimos secretos sobre la proximidad de los dias del Antecristo? ¿No salta á la vista del mas miope, de que la sociedad en masa está corrompida como nunca? Mírense uno por uno los reinos europeos y demás, ¿que se halla sino heregías, cismas, é impiedad, capaz de desolarlo todo? No quiero proseguir, porque parece, que desfallece el corazon mas esforzado, al fijar la consideracion en tan monstruoso cancer.

No hay que vivir desprevenidos, amados católicos. Si malos son los actuales tiempos, peores asoman, y se divisan, y pesimos podrán llegar á ser dentro breve tiempo. Todo marcha al presente con la mayor rapidez. Los elementos para la mas furiosa tempestad, al parecer sobran ya, y rebosan por todos partes. Algunos se muestran muy confiados, de que ha de regenerarse el mundo: ¡ojalá así se verifique! ¡empero no pueden por esto desvanecerse los temores de algun horrendo cataclismo. Si en alguna época han sido necesario vivir en gran prevencion, católicos, es ahora, cuando nos cercan por todas partes peligros en alma y cuerpo.

Por lo tanto recordemos aquellos tremendos tiempos de los Stos. Mártires, aquellos, repito, primitivos siglos de la Iglesia, en que se desterraba á los cristianos, se les metia en hediondas cárceles, donde no pocos espiraban, se les confiscaban los bienes, y por último conducidos al martirio. Consideremos tambien, como tenian que retirarse á lugares incultos y solitarios, y practicar el culto de nuestra Sacrosanta Religion en lugares reconditos de las casas, y catacumbas. ¿Quien sabe, si á esta presente generacion está reservado este mismo caliz de amargura? No por esto debemos desmayar, ni acobardarnos, por cuanto el Señor en semejante trance á los verdaderos fieles no dejará de auxiliarles, como hacia en aquellos espresados tiempos. Lo que à todos nos interesa sobre manera es: el no vivir aficionados á los intereses y deleites mundanos, que por cierto son el maldito ídolo moderno, adorado comunmente (lo digo con horror) hasta de los católicos. Enciéndanse de amor de Dios nuestros corazones, y entonces podemos estar bien ciertos y persuadidos, que en la persecucion, que suframos por la justicia, resplandecerá nuestra alegría y contento, al ver

que el Señor nos reconoce dignos de padecer à semejanza de los Santos Mártires.

Parece, que el Señor vá à acrisolar y purificar à sus fieles servidores por medio del fuego de las persecuciones y tribulaciones, para las que muy del caso y justo es, nos preparemos y dispongamos. Pero ¡ah! ¡Dios mio! ¡cuan de temer son ciertos gravísimos escàndolos y apostasias, motivados en unos de su poca firmeza en la fé, en otros de su demasiado apego à las comodidades y delicias mundanales, en estos del cebo y aliciente de los honores y dignidades, que tanto se ambicionan hoy dia, en aquellos de su timidez y cobardia, que suele ser muy comun en tiempos, en que por funestísima tibieza en el servicio de Dios Nuestro Señor, se huye del padecer por Dios, como si ya no fuese este el patrimonio de los elegidos. Acostumbrados como se hallan muchos, y tan dados al bienestar temporal, no sin fundamento son no poco de recelar desgraciadas caidas.

Hemos atravesado unos tiempos, que seràn sin duda de funesta memoria, mientras dure el mundo. ¿Qué es lo que ha pasado? ¡ha! ¡que casi uno no se atreve ni siquiera á manifestarlo! ¡empero conviene que se diga! Muchos años há, y en especial, durante toda esta época, que se la ha dado el nombre pomposo, à la par que vano y *vacio* de *ilustracion* y *civilizacion*, los gobiernos generalmente han jugado con la religion, haciéndola servir para los proyectos y planes ambiciosos, contentàndose para mejor seducir al pueblo en practicar ciertos actos religiosos, que nada cuestan, y que antes por el contrario por medio de ellos han podido satisfacer su gran dosis de ostentacion y vanagloria delante del pueblo. La religion de los tales con raras escepciones, (si es que las hay) se ha asemejado á la de los escribas, fariseos y saduceos de la antigua Ley. Ha sido esta época corruptora en sumo grado; mas ahora ya comienza la de los castigos de la divina Justicia. En medio de estos

todas las clases altas y bajas podrán y deberán con justa causa esclamar como los hermanos del casto José «con razon padecemos todos estos trabajos, por haber pecado contra nuestro hermano» (dígase en vez de hermano) contra nuestro Dios y Señor. Las clases altas como mas culpables, mayores castigos para las mismas.

Por fin, católicos, Dios sea nuestro refúgio y fortaleza en medio de las grandes tribulaciones, que tan de cerca nos amenazan.

Adicion á este segundo discurso.

Varios conceptos extraidos de respetabilísimos monumentos de la antiguedad, los que no pueden menos de llamar la atencion de los piadosos lectores, que tienen bien fija su vista en el aspecto mas que sombrío que presenta el estado actual, general, social.

Dos ideas sobresalen particularmente en el libro intitulado, *coleccion de profecías antiguas y modernas* anotadas por el órden y curso de los siglos, así como tambien en su apéndice, que contiene las tan famosas ideas de Lactancio, célebre autor del siglo cuarto, y las renombradas sibilas: estas son las tremendas calamidades en castigo de la general corrupcion, y una época mas ó menos larga de prosperidad. De que todo está presagiando una espantosa y general catastrofe social, salta á la vista del mas miope. ¿Cual podrá ser esta tan deshecha y mas que furiosa tempestad social, capaz de dejar como quien dice, casi en esqueleto los pueblos europeos en especial? Aquí si que se agolpan de tropel todas las ideas mas tristes, que ocurrir puedan. ¿Si van á hundirse en castigo de sus horribles prevaricaciones los tronos de los pueblos (titulo tenus) católicos? ¿Volverán despues de hundidos á levantarse? En

este caso, ¿serán los legítimos los afortunados, ó bien intrusos, de quienes nada de bueno puede esperarse? ¿Quien no ve, que puede muy bien acontecer, que se forme un grandioso imperio? ¿Servirá para realce y proteccion del catolicismo en todo el mundo, ó mas antes para mayor ruina? al paso que se forme el imperio occidental, ¿se irá levantando al mismo tiempo otro de muy poderoso en Oriente? ¿Estos dos imperios tardarán mucho á chocar, y declararse enemigos, para absorverse el uno al otro, y así quedar un solo imperio en toda la tierra? ¿Será el de Oriente el que quede en pié victorioso? ¿En este supuesto esperimentará la Europa la tremenda invasion de los tártaros que no ha dejado de ser prevista por sabios y profundos políticos? Si esto tiene lugar, ¿no es de temer la horrible aparicion del monstruo, el hombre de pecado, el Antecristo? ¿Se presentan y se notan hoy dia tendencias para la realizacion de todo lo espuesto? Ah! ¡que por desgracia no puede negarse! Y sino considérese atentamente el actual estado político y social, religioso y moral del mundo y en especial de Europa, y se convencerá cualquiera del inminente peligro, en que se halla la sociedad en masa, de encontrarse, cuando menos piense, rodeada de un círculo de fuego abrasador, quiero decir, víctima de la mas horrenda catastrofe, que hayan presenciado hasta ahora los siglos. Todas estas tan lúgubres ideas ocurren, al considerar el estado actual del mundo; las mismas profecías no dejan de dar lugar á tan melancólicos conceptos.

Tambien las dichas profecías indican, (se dice y no sin fundamento) un estado social muy feliz y próspero, que ha de preceder al universal incendio y juicio. No puede negarse, que por mas ó menos tiempo se vea esto cumplido. Mas quiero tambien manifestar, que puede muy bien ser, que las tan grandes dichas y felicidades anunciadas no se cumplirán hasta completarse el reino de Dios, lo que tendrá lugar despues de la consumacion de los siglos y la general resurreccion. En este mísero mundo, atendido el carcumido y monstruoso cáncer social, que es el racionalismo, y por mejor espresarme el *anticristianismo*, que ya tiene del todo descarnado y afeado, desfigurado y desconocido todo el cuerpo social, mayores motivos hay para temer la próxima aparicion de un Neron, que no la de un Constantino. Nunca hasta ahora se ha visto, que las naciones que han apostatado, hayan vuelto en cuerpo al seno de nuestra santa madre la Iglesia. La posibilidad no se puede negar; empero la no realizacion de tan hermoso espectáculo no deja de ser tal vez mas probable. De males sin cuento pues nos hallamos ya de cerca amenazados. Así se deduce de las profecías espuestas, de las célebres ideas de Lactancio, y de las Sibilas, que ponen de manifiesto, que las horribles plagas con que la divina justicia ha de castigar á los pueblos prevaricadores y apóstatas, se efectuarán cuando reine la impiedad, la irreligion, y cuando apenas se vea en la generalidad de los católicos la fé animada ó perfecta, es decir, acompañada de la práctica de las virtudes cristianas. ¿Quien no advierte, que desgraciadamente nos hallamos en tan desastroso estado?

Preparémonos, pues, para presenciar toda clase de penalidades y plagas generales asaz funestas, como son guerras civiles y sociales; y generales de poder á poder en todas partes, hambres y pestilencias generales, horrendos y desoladores terremotos, mas frecuentes y mas espantosos fenómenos celestes y terrestres, que cual Angel exterminador dejen sangrientas huellas por todos los pueblos de la tierra. ¡Ojalá semejantes castigos sirvan de eficaz escarmiento, y hagan volver á todos los pueblos del mundo, que son otros tantos hijos pródigos, á la casa del buen padre! Así sea.

NOTA. Prevengo á los lectores, que aunque en este discurso parezca,

que no voy concorde conmigo, pues que en el primero se indica la tan fundada esperanza de una regeneracion política y religiosa, y en este segundo como si desconfiára de ella, con esto quiero manifestar que á la tan ansiada y suspirada regeneracion social precederá, ó acompañará una espantosa catástrofe, es decir, horrorosos azotes y plagas de la divina justicia para general escarmientó de todas las clases sociales.

ARTICULO PRIMERO.

SOBRE EL GRAN TRIUNFO DE LA SANTA IGLESIA.

Habiendo visto insertadas las ideas de Lactancio, que no son otra cosa que una recoleccion de notables anuncios, célebres predicciones, tanto de los varones de Dios, los Santos Profetas, como de los tan famosos oráculos de las Sibilas, relativos á los signos, así remotos como próximos del gran dia del Señor; además, despues de expuestos en el mismo escrito los mas significativos oráculos sibilinos pertenecientes tambien á los dichos signos, donde por cierto se hallan particularidades muy dignas de considerarse, atendido el aspecto general del mundo; así como tambien la prodigiosa y maravillosa aparicion del signo de la Santa Cruz en el cielo, refiriendo por extenso como todos los signos pasarán desapercibidos del comun de la gente, y siendo muy pocos los que se fijarán bien en ellos, y que vivan con el temor del último dia de la consumacion de los tiempos y del general juicio, me ha parecido muy del caso completar toda esta materia, la mas saludable (y que vivamente deseo se fijen bien en ella todos los católicos), con la cuestion siguiente:

¿La gran victoria, el grande y el mas admirable triunfo de la Iglesia santa, precederá ó será posterior al fin del mundo? En primer lugar, son inescrutables los juicios de Dios: arcanas y misteriosas son estas cosas; y ¿quién de

los mortales será tan atrevido para decir terminantemente, será esto ó lo otro? Algunos opinan que aquellas tan célebres palabras del Supremo Pastor, nuestro Señor Jesucristo: «otras ovejas hay que han de ser traidas al redil, y así habrá un solo rebaño y un solo Pastor,» se cumplirán en el mundo durante el curso de los tiempos, desapareciendo del todo los cismas y herejías, y el judaismo, y el paganismo ó idolatría: en una palabra, reinando de polo á polo, y por todos los cuatro puntos cardinales la única y verdadera Religion católica. Si esto se efectúa del modo dicho, y todo en un tiempo dado, ¡por cierto que el mundo presentaria el aspecto de un segundo paraiso terrenal! ¡Que dicha y felicidad para los mortales! ¡Ojalá así se cumpla! Esta opinion no es la de los mas, ni la mas comun.

La opinion contraria, que sostiene que la tal victoria y el tal triunfo completo se verificará en el siglo venidero despues de la general resurreccion es la mas seguida, y la mas bien fundada. ¿No nos dice San Pablo, *oportet hereses esse, ut et qui probati sunt, manifesti fiant in vobis?* Conviene que haya heregías, para que sean bien conocidos, los que hayan sido probados. ¿No dice tambien el mismo Santo Evangelio, *filius hominis veniet, utrum inveniet fidem in terris?* Vendrá el hijo del hombre, por ventura encontrará fé en la tierra? Esto da á entender que cuando sobrevendrá el horrible incendio universal, habrá casi desaparecido del mundo la fé católica: esto quiere decir que la masa general de las gentes vivirá sin el sagrado yugo de la fé, y que serán pocos los que tengan una fé viva, y acompañada de buenas obras. Por estos sagrados textos se ve que mientras dure el mundo, siempre habrá errores; y de consiguiente, que el haber un solo rebaño y un solo Pastor se verificará, cuando tenga fin la iglesia militante, para unirse con la triunfante; y así ser una sola iglesia, ya sin mancha ni arruga, y del todo pura y radiante de gloria.

Esta opinion no deja de tener un sólido fundamento en el modo con que hasta el presente se ha conducido Nuestro Señor en el gobierno de su amable esposa la Santa Iglesia.

Recorramos uno por uno los diez y nueve siglos que cuenta de existencia la Religion sacrosanta, y siempre tropezamos con herejías y cismas, con el paganismo é idolatría; esto nos manifiesta que no solamente un reducido número de indivíduos, sino gentes, naciones y pueblos en masa han apostatado y abandonado la verdadera fé para abrazar toda clase de errores, y hasta la misma idolatría. Échese una mirada por el Asia, Africa, América, y por esta carcumida Europa, foco y centro de todos los mas monstruosos errores, y que con su hálito todo lo ha infestado. ¿Y que ojos dejarán de derramar lágrimas al ver el estado presente del mundo?

¡Oh infeliz y desgraciada Europa! Tú eres la mas rea y criminal delante de Dios. Cuidado no te acontezca lo que á las demás partes del orbe. Fija tu penetrante mirada en el Asia: mientras sus pueblos por lo comun y en general permanecieron firmes en la fé católica, y fieles y sumisos á la suprema cabeza de la Iglesia, al Pontifice de Roma, vivieron felices: era un paraiso el territorio de Siria, de Palestina, Mesopotamia y otros poblados de miles y miles de anacoretas y cenobitas: comienzan á infestarse de los errores de Nestorio, Eutigues y otros; ved luego sobre ellos la desolacion causada por los bárbaros mahometanos y otros, y ahora sepultada en tinieblas de muerte y el mas espantoso barbarismo. Mira esa Africa en que en el siglo V se contaban mas de 300 ó 400 obispados, y la hallas sumergida por causa del abandono de la Religion en la secta inmunda de Mahoma y en idéntico barbarismo. Mira tambien tu hija la América: ¿en qué estado se halla desde que con tus pestilentes doctrinas la has pervertido? ¿No ves que se van despedazando y asesinando sus habitantes, y

que pronto van á volver al barbarismo anterior, y aun peor?

Mirate, por fin, á tí misma: ¿qué es lo que en tí hallas? ¡Ah! Tú te reputas al presente por la mas civilizada y dominadora del orbe; aunque sin duda va decayendo al presente tu civilizacion, de modo que á no retroceder del camino emprendido, pronto y muy pronto va á desaparecer, quedando sepultada en el mas fiero barbarismo, y en peor situacion que las demás partes, concluyendo del todo tu dominio, y quedando en presa de pueblos bárbaros domésticos y extraños, que te devorarán y reducirán á un gran cúmulo de ruinas y desolacion; siendo la principal causa de tus horribles desastres tus herejías y cismas, tu irreligion é impiedad, en una palabra, la guerra declarada á Dios y su Santa Iglesia. En castigo de tus enormísimos delitos, cuales han sido tu desenfreno religioso y moral, conculcando todas las leyes mas sagradas, divinas y humanas, todas las reglas de equidad y de derecho, llenándolo todo de confusion; y por el mas abominable de los crímines, que de uno á otro dia se intenta perpetrar, arrancando de tu centro el sol que te ha iluminado, esto es el Pontificado, es de pensar caigas inmediatamente en las manos de Dios irritado, y experimentes toda clase de azotes y castigos, con que la divina justicia te reduzca al mas lastimoso estado.

Una reflexion la mas importante y concluyo.

Siempre y cuando los imperios, reinos y naciones han abandonado las verdaderas creencias, y han promovido cismas, ó bien han del todo apostatado para volver al infame culto de los ídolos, nunca mas en comun han vuelto al seno de nuestra santa madre la Iglesia. Esta verdad es bien manifiesta. Las cuatro partes del orbe dan de ella el mas completo testimonio. ¿Y qué católico no se llenará de un santo temor de los divinos juicios, al ver el estado ac-

tual de Europa, cuyos imperios y reinos casi todos indistintamente, y sin casi, militan bajo las satánicas insignias del cisma, de las herejías, de la impiedad é irreligion? Los imperios y reinos que se titulan católicos, ¿no van casi todos por una pendiente la mas peligrosa? ¿No se ha infiltrado en todos ellos el espíritu anti-cristiano? Temamos, temamos, oh católicos, acontecimientos los mas estupendos. Sabemos que al hombre de pecado le ha de preceder la apostasía general: la experiencia nos ha mostrado hasta el presente que los pueblos en masa, cuando se han extraviado, ya no han vuelto al recto camino, antes al contrario, se han mas y mas embrutecido.

No deja de ser, pues, bien fundado el temor de sucesos los mas pasmosos. ¿Obrará el Señor de un modo diferente del que ha obrado hasta el presente? ¿No es de temer por ventura que á los grandísimos abusos de las celestiales gracias y misericordia se siga el mas terrible castigo? No vivir desprevenidos ni descuidados. ¡Oh católicos!; aprovechemos bien estos presentes momentos, en amar y servir al Señor. Avívese mas y mas nuestra fé, dando de ella testimonio por medio de una vida la mas santa y ejemplar.

ARTICULO SEGUNDO.

Cuestion del mayor interés por lo respectivo á la Relegion. Pregúntase pues: Roma hasta la consumacion de los tiempos, ¿ha de continuar en ser el centro del catolicismo?

Aunque en sentido riguroso y absoluto no se puede afirmar de que sea de derecho divino el establecimiento del pontificado en la ciudad de Roma, es decir, que la Cabeza de la Iglesia católica haya siempre, durante el curso de los tiempos, de llamarse Obispo de Roma, sin embargo,

atendida la traslacion que hizo el glorioso Apóstol San Pedro de su Sede, de Antioquía á Roma, y lo que le aconteció al Santo Apóstol, cuando á instancias de los fieles huia de Roma para sustraerse ó librarse de la cruel persecucion, saliéndole al encuentro nuestro adorable Salvador, y diciéndole: «Voy á Roma para ofrecerme de nuevo á ser crucificado;» en fin, considerado y atendido lo que hasta el presente ha acontecido en el trascurso de cerca de diez y nueve siglos, podemos confiar que así continuará hasta la consumacion de los mismos. Fíjese bien la consideracion en los tres primeros siglos, que fueron de una casi continuada y la mas horrible persecucion contra los fieles; y no obstante prosiguieron en no desamparar á Roma los venerables y santos Pontífices, los que casi todos fueron mártires, regando con su prciosa sangre el sacrosanto árbol de la religion; bien es verdad que aquellos lúgubres subterráneos, llamados hoy dia *Catacumbas* ó *cementerios*, sirvieron de amparo yrefugio, tanto á los dichos santos Pontífices como á un sin número de fieles. Pues si en tan críticos y terribles tiempos se mantuvo y perseveró el supremo Pontificado en la ciudad de Roma, ¿quién dejará de espesar esto mismo, por terribles que se presenten los tiempos modernos? Una observacion puede hacerse, y por cierto la mas trascendental: si ahora, por inescrutables juicios de Dios Nuestro Señor, sobrevinieren gravisimos acontecimientos que compeliesen y obligasen al actual ó sucesivos (no faltarán; la palabra de Dios es infalible) Pontífices á vivir á imitacion de sus antepasados en las moradas de la muerte, gustosos y animosos sufrirán las mas penosas privaciones, aunque sea hasta la misma muerte, en defensa de la santa Religion, sus sacrosantos dogmas y moral evangélica, así como tambien de los sagrados derechos de nuestra santa Madre la Iglesia. Si esto llegase á acontecer (pues los actuales tiempos no dejan de dar pábulo y materia á estupendas y terro-

rificas circunstancias), entonces sí que sin temor de errar podrá esclamarse: ¡ay! ¡ay de tí, infeliz Europa! Mientras fuiste y te mostraste dócil hija del catolicismo, vivias próspera; mas desde que te has rebelado contra tu tan tierna y piadosa Madre, y en especial desde el instante que has clamado: «no quiero ya servir mas», á semejanza de Luzbel, toda clase de desgracias te va consumiendo. Lo que ahora voy á esponer es de sumo interés. Constantino, despues de haber abrazado nuestra santa Religion (¡oh juicios de Dios!), se fija en Bisancio (Constantinopla): esta traslacion no deja de dar lugar á las mas grandes é importantes reflexiones.

En efecto, desde el siglo IV hasta el IX, en que el célebre Carlo-Magno hizo donacion de una gran parte de Italia al Sumo Pontífice, entonces reinante, ningun Emperador ni Rey fijó su morada, ni quiso ya por capital á Roma, residencia de la Cabeza de la santa Iglesia. Desde el mencionado siglo IX hasta principios del actual, durante el imperio de Alemania, tampoco Emperador alguno fijó su morada en Roma. ¡Esto por cierto que es providencial! Así es que desde últimos del siglo XV quedó como constituida la monarquía Pontificia, la que siempre ha sido tenida y mirada como base en que descansa la independencia del Pontificado. Los siglos X y XI, en que en Roma hubo otros dominadores, fueron sumamente calamitosos para toda la Iglesia á causa de la maligna influencia de los espresados en la eleccion de ciertos Papas. De consiguiente, salta á la vista del mas miope, de que el dominio temporal de la Santa Sede, ó bien el Papa-Rey, es indispensable ó de absoluta necesidad en el actual estado europeo, para obrar por lo respectivo al bien espiritual de todos los pueblos de la tierra con la debida libertad é independencia. ¡Ah! ¡Qué máximas tan erróneas y funestas se han propalado de unos años á esta parte sobre el particular, y que por desgracia han apestado á muchísimos! Atiéndase á sus cantos de si-

rena, que á no pocos encantan y alucinan, diciendo á voz en grito: «Si no tiene que administrar el Soberano Pontífice lo temporal, mas espedito tendrá el camino para lo espiritual, que será su única ocupacion. El Santo Padre que se cuide del régimen de las almas. Jesucristo dijo: «Mi reino no es de este mundo.» «En muchos siglos no gravitó sobre los Pontífices el peso de un corona real.» Estas y otras varias espresiones son de moda en estos aciagos tiempos modernos, con las que suele la impiedad sembrar el odio al Pontífice-Rey.

Desengañarse de una vez: cualquiera que se esprese del modo dicho, ténganle por mal católico, pues el no querer lo que quieren los buenos cotólicos sin duda que es de mal agüero. Además, sobrado patentes y manifiestos son los planes de los impíos, que bajo el pretesto de concluir con el dominio temporal del Papado, ocultan el infernal proyecto de echar por tierra esta divina institucion. Podrán acarrear, es cierto, horribles estragos; pero lo que es la obra de Dios no lograrán destruirla. Pasarán los cielos y la tierra, y las palabras de Dios no pasarán; es decir, se cumplirá lo que Dios ha prometido. Todos los católicos tenemos como dogma de fé que las potestades infernales no prevalecerán contra la Iglesia Santa; esta subsistirá siempre durante el curso de los tiempos hasta unirse con la triunfante en el celestial y delicioso reino de la inmortalidad. Me quiero hacer cargo de ciertas eventualidades que pueden tener lugar, como en otros tiempos, y aun de algun acontecimiento que tal vez supere en gravedad y trascendencia á cuantos hasta el presente se hayan efectuado.

Primera eventualidad: ¿no puede verse que el supremo Pastor de la Iglesia more y resida en otro lugar fuera de Roma, á lo que le obliguen ciertos peligros? No hay duda que así puede verificarse, como en el trascurso del siglo XV, que se situó en Aviñon, y en donde permaneció por espa-

cio de setenta años la Santa Sede. Tiempo horrible fué este y calamitosísimo para la santa Iglesia á causa de aquel tan dilatado y monstruoso cisma. ¡Dios nos libre en estos tiempos de semejante espectáculo! Los males ahora serian mucho mas horrendos. El acontecimiento que al presente mas de cerca amenaza á la Santa Sede, y que puede traer resultados los mas trascendentales, es la tan cacareada doctrina de la unificacion de los pueblos, que ya ha principiado á producir su efectos, y cuyo completo desarrollo y término solo Dios sabe cual será. El dominio temporal del supremo Gerarca de la Iglesia católica hállase en estos mismos instantes pendiente como quien dice de un hilo á causa de esa moderna tendencia á las anexiones. Se le han ya absorbido las dos terceras partes de sus dominios. ¿Se completará la absorcion, y por mejor decir, el despojo? Muy de temer es. ¡Ojalá aparezca la mano auxiliadora del Señor en medio de tales y tan grandes peligros!

Católicos, ¡alerta, pues! ¡alerta! Si malos son, como en verdad lo son, los tiempos actuales, peores nos amenazan, y pésimos podrán llegar á ser. Fijad sobre todo vuestra penetrante mirada en la espantosa decadencia que se advierte casi en todas partes por lo respectivo á Religion y su pura y sagrada moral evangélica, y al mismo tiempo advertid el gran incremento del espíritu mundano, que todo lo va invadiendo, y no podreis menos de confesar y decir: por desgracia el monstruoso ídolo adorado por el mundo moderno son los negocios y placeres. Nunca se habia notado tanta ansia de riquezas, honores y placeres como ahora; general parece este delirio en todas las clases de la sociedad. Concluyo, pues, diciendo, que si se prosigue por la via que ahora se recorre, prepararse para presenciar lo que Dios sea servido y permita, en castigo de las horrendas y abominables prevaricaciones, que tan generales se han hecho en estos tiempos.

ARTICULO TERCERO.

Continuacion de las interesantísimas reflexiones acerca de Roma.

Conviene antes de todo manifestar que en cuantas épocas funestas para la Santa Iglesia no menos que para la sociedad, se ha visto el Supremo Pastor en la precision de salir de la ciudad privilegiada para residir, ya espontánea, ya forzosamente, como cautivo en otro lugar por mas ó menos tiempo, siempre ha conservado el insigne y sagrado título de Obispo de Roma; nunca, nunca se ha intitulado el Soberano Pontífice Obispo de Aviñon ni de cualquiera otra ciudad: esto prueba una especial providencia del Señor, que quiere que la Santa Iglesia católica lleve siempre la nota de romana para distinguirse de las otras iglesias falsas y espúreas, como son las cismáticas y heréticas; ¿y que desolaciones é invasiones no ha esperimentado la espresada ciudad de Roma en el trascurso de los diez y nueve siglos?: dos ó tres esperimentó en los siglos quinto y sesto, y tan espantosas, que en una de esas permaneció inhabitada por el espacio de cuarente dias, llena de escombros y ruinas; sus famosos monumentos sagrados y profanos destruidos, y tal vez albergando fieras de diversas especies dentro de su recinto, como si fuera un espantoso desierto. ¿Y quien á vista de semejante espectáculo se hubiera atrevido á decir: bien pronto se volverà á poblar y á rectificar para continuar siendo la morada del Vicario de Jesucristo? Grandes y tremendas catástrofes han tenido lugar, repito, en Roma, y siempre por especial auxilio del Señor ha continuado siendo el sagrado y privilegiado suelo de la Sede Pontificia. Apoyados los católicos en este hecho prodigioso, confiamos en el Señor que nunca perderá la Iglesia Santa su nota de romana. Quiero hacerme cargo

de una fuerte objecion que se puede hacer, diciendo: no es de derecho divino, sino eclesiástico, el llamarse Romana la Iglesia católica; y si hasta el presente ha conservado este título ó nota, pueden sobrevenir ciertas eventualidades que la hagan mudar ó cambiar de título, como por ejemplo: si el Santo Padre fijase su Sede en Jerusalem, ó bien en África ó América, abandonando la Europa, entónces, ¿seria por ventura de estrañar que se cambiase el título, tomando el del lugar de su residencia? La Iglesia compelida por ciertas complicaciones ó bien por circunstancias especiales, ¿no puede verse en tal situacion, que le sea indispensable investirse de una nota diferente para poder mejor servir de faro al mundo? ¡Ah! ¡qué preguntas son estas, católicos! Por cierto que esta objecion no tiene una cabal y completa solucion, por cuanto segun espuse en mi primer artículo acerca de esta cuestion, que no podemos fundarnos sino en una especial y piadosa creencia de que así será; mas no absolutamente de que así á de ser, pues entónces mediaria el derecho divino en sentido riguroso.

Los teólogos mas famosos que han tratado de esta tan célebre cuestion, no han hecho mas que adherirse, unos al derecho eclesiastico, y otros al divino en un sentido laxo. Mas sea lo que sea, la singular y providencial disposicion divina, que brilla en el establecimiento y conservacion del Supremo Pontificado en Roma, hasta el presente, nos hace esperar de Dios nuestro Señor que así como se ha mantenido por el trascurso de diez y nueve siglos el espresado título de la Iglesia Romana, así lo conservará en adelante hasta la consumacion de los siglos. Por lo demás, muy animosos debemos mostrarnos los católicos en estos tiempos, por cierto aciagos por los horrendos estragos que padece la santa fé y su sagrada moral evangélica, haciendo frente y combatiendo al impetuoso torrente de la in-

credulidad moderna, ya de palabra, si la ocasion lo requiere, ya por escrito, y en especial por medio de una ejemplar vida, para que con razon se diga de nosotros: «Ved cómo sus obras dan un completo testimonio de su fé.» Así, así debemos portarnos todos, y en particular nos incumbe á todos los que somos de la suerte del Señor; quiero decir, sus ministros de todas clases y gerarquías, destinados al cultivo de la viña del Señor, que es su Santa Iglesia.

Mucha es la mies en estos tiempos, y pocos los operarios. Hagámonos dignos de que el Señor nos envie á su campo para segarlo con provecho, y despues, cual trigo escogido, poder ser depositados en los graneros del reino celestial. Nadie estrañe me haya ocupado esta materia, que no deja de ser del mayor interés en las presentes circunstancias, pues todo cuanto se dice de Roma y del Pontífice-Rey en los presentes momentos con santa y pura intencion, no deja de llamar en gran manera la pública atencion. El corazon de los verdaderos católicos se enternece, se enciende y se inflama al oir lo que comprueba sus creencias. Ya que los tiempos que atravesamos son muy peligrosos y espuestos á acontecimientos sobre manera pasmosos, tanto por su intensidad como por su velocidad y rapidez, no cesemos de rogar al Padre de las misericordias que no nos castigue con el rigor que merecen las abominables y tan generales trasgresiones de sus sacrosantas y divinas leyes, sino que en médio de los azotes con que merecidamente nos aflija, se acuerde de su inefable é infinita misericordia. Todas las épocas funestas por su corrupcion é incredulidad, han esperimentado horribles castigos: ¿será, pues, de estrañar que la actual, tal vez la peor, y sin tal vez, sufra su merecido? Hemos hablado de las espantosas catástrofes de Roma, y, no obstante, por una especial providencia de Dios, siempre se ha levantado de sus ruinas

para continuar siendo el lugar privilegiado para la residencia del Jefe supremo de la santa Iglesia.

Los representantes de Nuestro Señor Jesucristo, en medio de tales conflictos, han tenido que padecer las mas furiosas tempestades (quiero decir persecuciones); unos el martirio, otros el destierro; aquellos el trato mas vil é infame; aquellos otros, por fin, ignominias, deshonras, desacatos, escarnios y vituperios, á imitacion del Divino Maestro. ¡Cosas son estas, por cierto, que no pueden menos de llenar de la mayor afliccion y amargura á todos los verdaderos católicos! Otros males gravísimos se han visto en los diez y nueve siglos que contamos, como son las apostasías, cismas y herejías de imperios y reinos enteros, cuyos males por cierto que son los que mas afligen y angustian el corazon de los verdaderos fieles. He recordado en general todas estas cosas, para que no se repute imposible de sobrevenir lo que en otros tiempos de perversidad ha acontecido. Así es que dice Salomon: *Nihil sub sole novum.* Nada sucede de nuevo en la tierra. Si por inescrutables juicios del Señor (en estos calamitosos tiempos todo es de temer) tienen lugar semejantes y tan horrendos espectáculos, los que esto presencien, que esclamen y digan en alta voz: ¡Ay! ¡ay del pueblo que desempeñe y ejerza el vil oficio de verdugo! ¡Ay tambien de todos los demás pueblos que se muestren consintientes, callados ó indiferentes! Para cuanto acabo de insinuar, no deja de mediar por desgracia una cierta predisposicion, ó bien para mejor espresarme, bien notorios y patentes son los elementos destinados á escitar y promover tales y tan horrendas tempestades.

ARTICULO CUARTO.

REFLEXIONES SOBRE LA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

¡Ojalá los padecimientos del Divino Redentor del humano linaje fuesen el diario objeto en que se fijase la meditacion de los católicos, pues que así los corazones se enternecerian, encenderíanse y abrasaríanse de amor que les haria vivir con hambre y sed de justicia; es decir, con el mayor contento se entregarian al ejercicio de las buenas obras y á la práctica de las virtudes cristianas; á mas de que les haria concebir el mayor horror al pecado, de modo que preferirian sufrir, no digo una, sino miles de veces la muerte, antes que ofender é injuriar al Divino Salvador, traspasando y conculcando sus sacratísimas leyes y las de la santa Iglesia! ¿Y de donde provienen todos los horrendísimos males religiosos, morales y sociales, que no con lágrimas comunes, sino de sangre, son de llorar? ¡Ah! ¡Bien visible se nos presenta su funestísimo orígen! ¿Que especie de fé es la del comun de los cristianos de estos tiempos? Unos, y por desgracia en gran número en todas las clases, la han del todo abandonado, y por mejor espresarme, han apostatado por vivir adheridos al moderno racionalismo, que es la mas absoluta negacion del órden sobrenatural, y el completo trastorno y confusion del natural; otros cebados en los negocios y placeres del mundo, ó viven con la mas vil indiferencia por lo tocante á los deberes religiosos, ó llenos de vicios por dejarse dominar de criminales pasiones; en una palabra, tambien, ó sin fé, ó si la tienen, está del todo muerta. Esta es la gran masa de los que aun quieren ser reputados por católicos. Muy reducidos, comparativamente hablando, son los verdaderos fieles y perfectos

católicos; es decir, los que con su cristiana y ejemplar conducta dan testimonio de su viva fé.

Ahora es mi intento ocuparme del objeto que me he propuesto. Antes de estenderme acerca del particular, presupongo lo comunmente admitido, y es que todo cuanto padeció nuestro adorabilísimo Salvador en su sacratísimo cuerpo y alma realmente, se acomoda moralmente á su santísima Esposa la Iglesia católica. Los despojos, vituperios, injurias y tormentos que los crueles, ingratos y sanguinarios judíos hicieron sufrir al Salvador, renuévanse moralmente contra su cuerpo místico y su cabeza, que son la Santa Iglesia y El Romano Pontífice. En efecto: mírese bien lo que de unos cuarenta ó cincuenta años á esta parte está aconteciendo especialmente en ciertas naciones, y se verá bien patente la verdad propuesta. Al entrar nuestro Divino Salvador en Jerusalen la última vez ¡qué alabanzas! ¡qué gloria! ¡y qué triunfo! oíanse aquellas magníficas voces de *¡Hossanna Filio David!* es decir ¡viva el GranRe y! Mas pronto dejáronse sentir aquellos horrendos gritos de muerte, acompañados de toda clase de infamias, vituperios y el mas vil despojo de sus sagradas y preciosísimas vestiduras. Hagamos y espongamos como en un cuadro todas estas verdades, á fin de que impresionen mas fuertamente á los verdaderos y fieles católicos. Quitáronle sus preciosos vestidos al Señor para azotarle, coronarle de espinas, y ponerle aquella vestidura andrajosa de púrpura, para escarnecer aquel su tan sagrado título de Rey, pues en efecto lo era, y lo es de todo el universo por ser verdadero Dios y verdadero hombre. La Iglesia Santa tenia sus propiedades, y le han sido arrebatadas casi en todas partes, y de dia en dia se va esto efectuando, hasta que, segun todas las señales, se complete la desnudez, y á fé que poco falta para llegar á este fatal estremo. En clase de Reina, la Santa Iglesia tenia su dominio temporal, para mayor realce y seguridad

del espiritual, que se estiende sobre todo el mundo, y todos vemos lo que ha sucedido, y el gran peligro en que actualmente está de serle arrebatado (hablo del temporal, pues que el espiritual es inadmisible). El Rey tiene sus ejércitos; la Santa Iglesia tenia por defensores muchas Órdenes religiosas, que van de dia en dia desapareciendo de ciertos reinos, y en via de completarse el esterminio. Un Rey se hace obedecer, y por lo comun cúmplese su voluntad. ¿Mas se presta hoy dia la debida obediencia á la Santa Iglesia? Atiéndase bien á lo que está pasando. ¿Pesará sobre toda la Iglesia en general la púrpura andrájosa, que representa el mas vil desprecio? No quiero contestar, pues bien manifiestas aparecen las tendencias de los tiempos modernos.

Atiéndase en especial á los usos y costumbres actuales, y no dejará de infundir espanto lo que está pasando. Antes en lo privado y en lo público siempre resonaban las alabanzas de la Trinidad beatísima y el sacratísimo nombre de nuestro Señor Jesucristo; mas al presente nada de esto, y no pocas veces, por desgracia, se han soltado espresiones burlescas y risas en señal de escarnio; nómbrase alguna que otra vez la Providencia por mera ceremonia. ¿No prueba esto que va desapareciendo á pasos precipitados, y por mejor espresarme, ha desaparecido el espíritu cristiano, que antes ennoblecia y perfeccionaba el derecho humano, natural y de gentes, para dar lugar al desastroso anticristianismo, que hoy dia bajo el paliativo del racionalismo, á manera del mas horrible cáncer, todo lo va corrompiendo y devorando? ¿Qué presagia todo lo que acabo de esponer? Reflexiónese bien, porque el asunto lo merece. Váyanse describiendo todos los sacratísimos y tiernísimos pasos del Salvador, la traicion por Judas, Apóstol suyo: no faltan hoy dia Judas para amargar el corazon de nuestra santa Madre la Iglesia. No faltan tampoco Anases y Caifases que trabajan en su ruina y destruccion, á la manera que los espresados fueron los

que con mas ahinco se emplearon en hacer condenar á muerte al Salvador. Herodes y Pilatos modernos ejecutan tambien sus respectivos desafueros como los antiguos. La santa Iglesia, á imitacion del divino Redentor con el pesado leño de la cruz á cuestas, va recorriendo el amarguisimo y penosísimo camino del Calvario en estos calamitosísimos tiempos.

Tres veces cayó en tierra el amantísimo Jesus. Acerca de estas caidas quiero esponer ciertas consideraciones, que no dejan de ser sumamente conmovedoras. ¿Quien sabe si con las tres lastimosas caidas que dió el amabilísimo Redentor en el camino del Calvario, quedan representadas moralmente las tres horrendas situaciones de la santa Iglesia en trascurso de los siglos? Primera en el calamitoso tiempo del arrianismo; segunda, en el funestísimo tiempo en que se completó el desastroso cisma de la Iglesia griega y oriental; y la tercera, que tal vez aun no se ha cumplido, ¿quién sabe si será la final apostasía que ha de preceder ó bien acompañar al hombre de pecado, segun San Pablo? ¡Ah! ¡Cuán espédito se halla el camino para llegar á este horrendísimo estremo! ¡Cuán de temer es, atendido el curso de los tiempos actuales, se vaya hasta acelerando el paso! Jesucristo Señor Nuestro fue objeto de lágrimas y compasion para aquellas piadosas mujeres que le miraron de fijo yendo tan desfigurado y falto de fuerzas al Gólgota para ser crucificado. Lloremos tambien nosotros, católicos, los gravísimos males que padece ahora la santa Iglesia, que segun todos los signos, parece que tambien se encamina á aquel lúgubre monte, empujada y compelida por los modernos verdugos, no para ser del todo arruinada y destruida, como ellos pretenden (imposible, por divina promesa), sino para ser purificada por medio de la preciosa sangre de los mártires, cuyo número aun resta que completarse. Murió el Salvador en la santa Cruz, fué puesto en aquel sagrado sepul-

cro: gozábanse aquellos malvados jueces de haber conseguido sus diabólicos fines; mas pronto á los tres dias sale el Señor triunfante y glorioso del dicho sepulcro, súbese á vista de sus santos Apóstoles á los cielos, y desde allí el último dia del mundo, lleno de gloria y majestad, vendrá á juzgarnos á todos los descendientes de Adan.

Pasos son estos los mas tiernos, que fácilmente puede cada uno apropiarlos á la santa Iglesia. Únicamente quiero esponer la reflexion que sigue.

Cuando los crueles enemigos de la santa Iglesia se figurarán haber conseguido sus réprobos y malditos fines de esterminio, entonces la santa Iglesia muy presto se presentará á la faz del mundo mas majestuosa y brillante.

Miren bien los reinos lo que hacen, cuando, á semejanza de los judios, gritan: «No queremos que reine entre nosotros Jesus Nazareno;» es decir, fuera las leyes santas del Evangelio; queremos vivir á nuestro antojo; no se obedece al Supremo Pastor el Pontífice de Roma. ¡Ojalá escarmentasen con el tan espantoso castigo del pueblo judáico, que aun hoy dia trae en su rostro el sello de reprobacion! Todas las naciones que se salen del seno de la santa Iglesia, para entregarse al desenfreno religioso y moral, como son los cismas y heregías, y la mas detestable impiedad, que se preparen para sufrir el mas horroroso castigo. Por cierto que no hay mayor desgracia para los pueblos que la pérdida de la verdadera Religion. ¡Enviadnos, Señor, toda clase de azote, y no permitais que esperimentemos tan espantosa desgracia! Por lo mismo, católicos, y en especial nosotros, ministros del Dios del cielo, seamos unos dechados y modelos de virtud y santidad en estos tiempos, para que siendo la sal de la tierra, condimentemos los manjares de los fieles; es decir, les proporcionemos el vital alimento de la divina palabra por medio de la predicacion, y siendo tambien la luz del mundo, les guiemos con el resplandor de nuestras

virtudes por entre las densas tinieblas de este mundo al reino celestial.

ARTICULO QUINTO.

De miserrimo atque infelicissimo statu religioso, atque morali, politico seu sociali Europæ per infra, præsenti hoc anno milessimo octingentessimo sexagessimo octavo, die vigessima cuarta aprilis, exposito seu vulgato ad futurorum memoriam, utque horribilis catastrophen jam nunc imminens, ex præfato statu secuta, atque per Deum in tantæ incredulitatis, corruptionisque vindictam inficta, in prædictorum exemplar sit.

Europa! Europa! Væ tibi! Cui comparabo te, olim tam felix? Quæ tempestates ad tam horribilem abysum te jactaverunt? Ah! Ah! inquam, instar fontium appareant oculi, te conspicentium in omnibus tui corporis membris ita vulneratam et fœdatam, ut veluti incognita videaris!... Et quod majorem affert dolorem seu tristitiam est: tui medici tuam mortiferam ægritudinem spiritualem atque temporalem corpoream, capere rennunt; ideoque tuus præsens status illi populi judaici, tempore Jeremiæ Profetæ similis est: nam tunc clamabat Sanctus Profeta adversus iniquitatum et prævaricationum diluvium, contra omnes indistinctium societatis clases, et præsertim in imperantes, et levitas seu sacerdotes, et Dei ministros, qui omnes populum fallebant dicentes; nos sumus Dei prædilectus populus: non patietur Dominus, has tam horrendas plagas quas prædicit ille seductor, ordinis perturbator, et somniator (ita Sanctum Prophetam calumniabantur) populum suum oprimere: pacem et prosperitates, quibus nunc fruimur, non amitemus, neque nobis deerunt, qua propter per easdem vias progrediamur, et nemo illum flentem seu pacis ablatorem

estimet, neve ipsum audiat; quoniam non est nisi illusus et sacrilegus, qui neque Regem neque Pontificem et sacerdotes collit: moriatur enim; et tunc á suis intolerabilibus increpationibus liberi erimus. Quoties hæc in mentem veniunt, pius ac fervidus catholicus, maxime si bene vel profunde cognitum habeat situm et aspectum religiosum et moralem, politicum et socialem Europæ, non potest non alta voce aclamare: ecce Europæ status, vere illi, tempore Jeremiæ Profetæ, similis. Et quod judaico populo evenit, quodammodo idipsum europeis populis; nam ex potentium efreni vita egresa fuerat iniquitas omnem gentem veluti grasans diluvium, pervadens, et omne inficiens seu corrumpens, et ex sacerdotum, Dei ministrorum incuria, seu zeli pro Domini Dei honore et gloria, carentia, uno verbo, ex mundi spiritus infectione, et consecuenter ex divinarum legum contemptu ad culpæ et penæ malorum extrema infeliciter ventum est. Inde idolorum seu dæmoniorum cultus, ex quo fonte infernali omnia vitia fluxerunt: hinc sicut populus, sic sacerdos; hinc, inquam, contemptibiles omnes Dei ministri á maximo usque ad minimum efecti et jam non se in muros æneos apponentes pro Dei Israel domo omnia corruerunt, silicet urbs Jerusalem cum suo tam magnifico templo incensa, omnis Judæorum populus cum suis locis magnis et parvis, et cum suis pulcherrimis agris, qui veluti Paradisi apparebant, quasi extinctus absque clasium distinctione, et in quam maximam captivitatem redactus. Hæc est merces, quam omnibus populis rebelibus seu apostatis Dominus servat. ¿Nonne in his omnibus prædictis perfecta videtur similitudo, quæ valde adegnata huic prædictæ orbis parti apparet? Ut plurimum magnatorum et potentium seu nobilium clasis ab ultimis vel postremis elapsi sæculi annis, et á præsentis initio irreligionis et immoralitatis mortifera peste infecta est quæ per omnes alias clases ita grasata est, ut á capite ad pedes totum sociale corpus

nunc vulneratum sit, et melius canceratum, et quod non absque maximo terrore ostendam, qualis populus, sic sacerdos, (generatim loquendo) ideoque sine Dei miraculo á sæculis inaudito experietur Europa, seu veniet (jam super capita pendet) horrenda catastrophæs, per quam omnia corruent et quam quicumque viderit, terrore affectus, sustinere non poterit, et qui audierit, tinnient ambæ aures ejus. Ut á quocumque non superficialiter sed profunde, non, inquam, confuse sed clare perspiciatur, cognoscatur et comprendatur status religiosus et moralis, politius seu socialis Europæ, oportunum mihi visum est, loqui de Judæorum infelicissimo statu tam tempore Antioqui Epiphanis, quam Domini Nostri Jesu Christi, et postremæ vastationis seu desolationis Jerusalem per romanos á mundi Salvatore et Redemptore prædictæ et nunciatæ. His namque indicatis temporibus omnes imperantes, et Sacerdotes Dei ministri cum omni populo (paucis ex prædictis exceptis) mundi spiritu pleni erant; vitam placidam et voluptuosam amabant et cupiebant; divinæ Leges efrenate transgrediebantur, et conculcabantur; Dei Sanctus timor evanuerat; in Dei Sacerdotibus generatim vigebat sæculi amor, luxus, seu divitiarum et honorum cupiditas; ipsis deficiebat fortitudinis spiritus ad tam imperantes quam vulgum erroribus et pesimis moribus infectos, increpandos; ipsimet ut plurimum si non erroribus, saltem corruptis moribus adherebant; jam tuba non canebant, ad omni populo sua scelera muntianda; ideoque præfati Antioqui tempore, quasi omnes, exceptis Machabæis, á Dei cultu abalienati sunt, seu apostatæ fuerunt. Perpendantur hæc omnia, ac etiam animadvertantur; quæ nunc contingunt; et non deerunt similibus similia. Domini Nostri Jesu Christi temporibus bene manifestus apparet judaici populi aspectus. Etenim tam civiliter quam religiose divisus erat, ita ut essent miseri Judæi in phariseorum, sadduceorum, essenorum et herodianorum etc. Sæctas seu

partes fracti. Quod super omnia intendo, est: profundi observatoris mentem impellere, ut consideret, numquam externe tam laudatum fuisse Domini templum, et judaicam Religionem tam magnis præconiis habitam per populum et Sacerdotes, quam præfato tempore. quod juxta ipsum Nostrum Salvatorem alliud non erat, quam Deum labiis honorare, dum omnium corda ab Eo longe erant: mundi spiritus omnia infecerat; ideoque Fidæi perfectæ, et charitate seu Dei amore ornatæ et animatæ spiritus deerat: Dei cultus totus superficialis et exterior absque verarum et perfectarum virtutum praxi. ¿Apparet nunc generaliter in Regnis, quæ adhuc catolica appellantur, completa similitudo? ¡Utinam hæc pestis Fidem evangelicosque mores pervertens, et inficiens non per omnia catholicorum Loca grassaretur! Hodie catholicæ Ecclesiæ castra phariseis, sadduceis, essenis etc. redundant; quod sanguineis lacrimis justum est deplorari seu gemi. Tandem ob horribille deicidii crimen, et ob mentis cæcitatem; cordisque duritiem et obstinationem, triginta septem annis post Domini Nostri Jesu-Chisti pasionem, judaicus populus quam maximas calamitates, finalemque vastationem seu desolationem á Domino prædictam expertus est in tam horribillium iniquitatum vindictam. Bellum intestinum, domesticum, civile seu sociale cum extraneo, vel cum Romanis, insum populum devastabit, quod bellum comitatum ivit fame quam horribillissima, et peste mortifera: quamplura signa in cœlo et in terra talem vastitatem prœnuntiarunt. Hic fuit infelix et miserabilis finis predicti populi. In hoc speculo debent se conspicere omnia Regna Terræ, et presertim quæ adhuc catolica nominatur: nam juxta præsentium rerum et temporum aspectum et cursum, ob tantas iniquitates, scelera et peccata, quæ ad instar dilluvii omnia inundaverunt, timendum est, ne in talium prævaricationum vindictam divina Justitia suam terribillem indig-

nationem et iram in catolicos præcipue populos effundat; eo quod magis rei et criminosiores coram Deo sunt ob suam infidelitatem et ingratitudinem, namque majoribus gratiis abusi sunt. Aspectus religiosus et moralis, politicus et socialis populorum catholicorum deplorabilissimus est, et non est mirandum, quod ad eorum malorum in Evangelio prædictorum adventum conducit, quæ sunt hæc «surget gens contra gentem, et Regnum adversus Regnum, et terremotus magni erunt per Loca, pestilentiæ et fames, terroresque de cælo. etc.» atente hæc omnia perpendantur; nam potest contingere, ut si non omnia, saltem magnam seu maximam eorum malorum partem quam cito actualis generatio experiatur. Dominus in sua Justitia Misericordiæ recordetur.

Por Epílogo y complemento del presente opúsculo ó folleto he reputado oportuno añadir el siguiente artículo breve y conciso, á la par que no poco significativo bajo diferentes conceptos, y en especial por entrañar en sí de un modo compendioso todo cuanto de mas esencial contienen los discursos y demás artículos del opúsculo. La idea que en los espresados sobresale, es la del mas que infeliz y miserable estado actual general social, y los horrendos castigos de todas especies, que por momentos cual segundo diluvio amenazan inundarnos, y en este artículo la espresada idea se espone clara y bien marcada. Parece impropio el tema del artículo, por causa de proponerse como actual la tragedia, siendo así que en realidad no lo es en los presentes momentos, en que esto se escribe: mas si se atiende el estado presente de cosas, sin ningun reparo, ya se mire bajo el aspecto religioso, ya político y social, puede considerarse como tal, por motivo de su proximidad, de modo que parece un prodigio providencial todo el tiempo, que vá transcurriendo hasta su realizacion.

ARTICULO SEXTO.

TRAGEDIA ACTUAL,

HORRIBLE CUAL NINGUNA.

Me parece que cuantos habrán leido con atencion los

anteriores discursos con los artículos adjuntos, no dejarán de fijarse en estas por cierto tan terribles expresiones: se ve ya llegar el voraz incendio; está del todo desarrollada la horrible crísis: vamos á presenciar muy pronto acontecimientos los mas estupendos: pues en estos momentos por todas partes aparecen y se ostentan los síntomas de comenzar pronto la actual tragedia ya por Alemania, ya por Italia, ya por Oriente ya por otras partes y por otras cuestiones propias de cada reino. Entonces podemos decir: la horrible tempestad y borrasca de truenos los mas espantosos, de granizo que todo lo trincha y desminuza, de rayos destructores, y huracanes los mas desoladores ya ha principiado, la que cual otro ángel exterminador sembrará el terror y la muerte por donde pase, ¿y qué reino puede contarse seguro y libre de esta desolacion? Por cierto ninguno. Estas guerras van á tener y presentar un aspecto bien singular, comenzando por generalizarse en Europa, y es de pensar que tambien en América, Asia y Africa; siendo como es la Europa la cabeza y las demás partes miembros: y cuando la cabeza padece, todos los miembros se resienten. Pronto se desarrollarán dentro de cada reino las sediciones ó guerras civiles, que enseguida se convertirán y terminarán en sociales. Considérese, pues, si será bien marcado el caracter de dichas guerras. ¡Qué situacion, Dios mio!

Además, es de pensar que se vayan propagando las hambres, haciéndose generales, y lo mismo puede decirse de las pestilencias; con que expuestos estamos á tener que dar tres mortales saltos. ¡Cuán de temer es perezcamos en alguno de estos! ¡Solo el pensamiento de estas horribles plagas aterra, cuanto mas su realizacion! Vuelvo á repetir, fíjense bien los verdaderos católicos en aquellas terribles amenazas y plagas del Santo Evangelio: «Se levantará gente contra gente y reino contra reino.» Ved, pues, las guerras generales, civiles y sociales; y habrá pestilencias y

hambres; tambien espantosos terremotos, y lo demás. Estas plagas son los instrumentos de que se sirve la Divina Providencia para vengar su santa ley abandonada y conculcada. Pregunto ahora, ¿se ha presenciado, por ventura, una época en que sea mas general la incredulidad, y por consiguiente la inmoralidad, ya no hablo de pueblos idólatras, judíos, cismáticos y herejes, sino católicos? Ciertamente que no. Pues á males y desórdenes tan generales, ¿no es consiguiente que sobrevengan tambien semejantes plagas? Todos, todos sin distincion de clases somos merecedores de tales azotes.

Los odios y rencores muy justo es que Dios nuestro Señor los castigue con guerras generales y particulares; la incredulidad y desmoralizacion con pestes; y por fin, los excesos en el comer y beber, y el extremado lujo en el vestir, la ánsia de diversiones y placeres sensuales, con una hambre la mas horrible, y miseria la mas extremada. ¿Y quién hay que con razon pueda decir, á mí no me comprenden semejantes desórdenes? Dichoso por cierto, si alguno hay. Hace ya un siglo que los reinos titulados católicos han ido degenerando de tal modo, que se hallan al borde de la apostasía, que muy de temer es verla por cierto tiempo más ó menos largo realizada. Esto, que no se juzgue imposible; pues así como en el siglo XVI se separaron no pocos del seno de la Iglesia, ahora pueden verificarlo los restantes, que por cierto por esta perversa via van marchando.

Y en cierto modo podemos decir que han apostatado; *quis potest capere capiat;* esto es, quien considere lo que está al presente sucediendo, puede entenderlo. En el trascurso de un siglo, ¿qué es lo que ha pasado? Cualquiera puede enterarse bien facilmente. Todo en decadencia; religion y moral, hasta haber llegado al actual extremo, en que ya parece haberse completamente desarrollado el virus anticristiano y el mas horroroso desenfreno. En efecto, la fé y

la moral evangélica, que son las únicas y verdaderas bases en que se sostiene la sociedad, han sido desechadas y abandonadas de los nuevos arquitectos que pretenden construirla de nuevo con sus utopias y sistemas pestíferos, segun los que nada hay de sí bueno ni malo, sino aquello que les es útil; de aquí es que, tanto vale decir *sí* como *no*; lo mismo jurar que perjurar, lo mismo aclarar que confundir una misma cosa, y querer volverla de negra á blanca y viceversa; en resúmen, burlarse y pisotear todas las leyes divinas y humanas. A tal extremo hemos, desgraciadamente, llegado. En este estado de cosas, es preciso que desaparezca esta Babel, aunque sea á cuesta de desastres.

Acábense de una vez las farsas que tantos años há están deshonrando á la sociedad. Lo mas de sentir es que de este caliz babilónico ha casi bebido toda la presente generacion; y embriagada con tan venenoso licor, vive sumergida en un moral letargo, del que no despertará sino á fuerza de golpes los mas fuertes.

Pocos, muy pocos son los que han vuelto al buen camino é imitado al hijo pródigo, restituyéndose á la casa del buen padre, arrepentidos de sus extravios. Por lo mismo así como vaya cayendo la mano de la divina justicia sobre los reinos grandes y pequeños, todas las clases, altas y bajas, podrán exclamar, como los hermanos del casto José, «con razon padecemos, por haber pecado contra el Señor Dios nuestro.» Y como mas elevadas las clases, mas graves puede juzgarse sean sus azotes. Ha llegado ya el tiempo de ser vengados tantos ultrajes hechos á Dios nuestro Señor, abandonando su sacrosanta Religion, esto es, la santa fé y moral evangélica; sin las que irremisiblemente el mundo actual debe perecer. Todo lo que al presente se va viendo, induce al hombre reflexivo á creer que ya nos hallamos en via, ó bien de regenerarse la sociedad, ó perecer.

Dirán algunos: ¿Perecer la sociedad? Esto no puede ser:

la sociedad no perece: poco á poco en expresarse de este modo. La sociedad, esto es, el mundo actual, así como ha tenido principio, tambien tendrá su fin en el año, mes y dia que Dios tiene prefijado. No vivir desprevenidos, ¡oh católicos! porque estos tiempos no dejan de ser peligrosísimos y muy expuestos á acontecimientos los mas sorprendentes.

Ahora todo parece que marcha muy aprisa. Los mismos adelantos materiales son predisposiciones para lo no pensado é imprevisto. Y por fin, el estado religioso, moral, político, social y doméstico, juntamente con los gravísimos acontecimientos que ahora principian, incitan á tristes reflexiones.

¡Por cierto que consterna tal y tan horrible espectáculo! Quiero, aunque compendiosamente, hablar de este el mas fatal estado presente en que se halla toda la sociedad. Si uno considera atentamente lo respectivo á Religion, ¿qué halla en todas partes? O idolatría, ó cismas, ó herejías, irreligion é impiedad; en una palabra, ya ódio que tiende á quererla exterminar, en una gran parte; ya en la principal, esto es, en la masa de la gente, la mayor indiferiencia; es decir que hemos llegado á este fatalísimo extremo, que es: negocios y placeres. Ved, pues, el ídolo de los mundanos. ¿Puede darse estado religioso mas funesto? Yo creo que no. Si miramos á la sagrada moral, fijémonos en la multitud de crímenes los mas monstruosos que en todo lugar se cometen sin rubor todos los dias (quiero decir sin remordimiento, perdido ya del todo el santo temor de Dios), habiéndose hecho general el desenfreno moral, pisoteadas y desechadas sus sagradas bases. El aspecto político y social bien manifiesto se nos presenta. En cuanto al estado doméstico, ya no puede ser mas calamitoso, pues apenas se ven familias que sean todos, padres é hijos, religiosos y morigerados; muchas son las que militan bajo las insignias satánicas de

la incredulidad é indiferencia, y si no de la inmoralidad, que todo lo ha contagiado. A consecuencia del tan funesto estado religioso, moral, político, social y doméstico, con razon puede temerse que la actual tragedia á excepcion de los dos universales diluvios el de agua ya verificado y el de fuego por realizar ó futuro, sea tan horrible como la que mas, ó cual ninguna.

ARTICULO SÉTIMO.

¿La actual revolucion española vá á tener pronta solucion, ya sea proclamándose un Rey, ya la República federal, ó unitaria, ya un directorio?

He aquí, la gran pregunta, á que me propongo contestar, á fin de poner de manifiesto lo que fundado en sólidas pruebas, parece lo mas probable. De que ninguna familia Real estrangera aceptará la corona de España de manos de la actual revolucion, parece fuera de duda; y sino véase como todos cuantos hasta el presente han sido invitados para sentarse en el Trono Español lo han rehusado. Podrá muy bien decirse carece de todo pudor y honradez quien, ya español, ya estranjero acepte de las manos revolucionarias la corona real, porque mas ántes seria Rey de teatro y farsa que verdadero: tendria irremisiblemente que sujetarse al capricho y antojo ó arbitrariedad despótica de los caciques ó corifeos revolucionarios, sopena de quedar destronado, y aun gracias de no ser asesinado. Entre los revolucionarios españoles no faltan, por cierto, quienes se complacerian en vestirse de púrpura y cubrir sus cabezas ligeras con una diadema Real, mas no se atreverán por cierto, por no verse silbados, fusilados ó guillotinados. Quedan estos otros tres medios, primero proclamacion de una república; segundo subsistir entretanto la interinidad por una nueva especie

de amalgama entre los tres partidos unionista, progresista y demócrata, cuyas tendencias son de un próximo é inmediato rompimiento; tercero un directorio. Por lo que toca á proclamarse la república ya unitaria ya federal, segun todas las probabilidades, no lo intentarán los del partido dominante, es decir, ni Prim, ni Serrano, ni Rivero, porque no dejan ellos de conocer que muy presto el carro revolucionario se estrellaria, y se haria pedazos por causa del socialismo y comunismo, siendo ellos mismos víctimas de tal mónstruo. ¿Pero es esto decir, que no se llegará á tal extremo, á pesar de cuantos esfuerzos se hagan para evitarlo? no por cierto: no deja de ser muy probable, por no decir cierto, que de un momento á otro los acontecimientos, ya de fuera, ya de dentro nos conduzcan á dicho extremo. Un hecho pasmoso y notable bajo muchos conceptos puede realizarse tambien aqui en España, cual es, la proclamacion de D. Alfonso hijo de la ex-Reina D.ª Isabel de Borbon preparada y dispuesta por los mismos que la destronaron, y á pesar de los gritos de, fuera Borbones, jamás, jamás Borbones, etcétera. Por lo que toca á la interinidad del modo que se halla constituida, irremisiblemente muy presto concluye, y lo mismo será si volviesen á formarla los dos partidos únicos el unionista y progresista. Por lo que toca á un directorio considerado como puente, para pasar á la República ó monarquía, entrando en su constitucion el elemento republicano, muy pronto tambien debe desaparecer, empero el poco tiempo que subsista, dará lugar á gravísimos acontecimientos religiosos y políticos. Entonces la revolucion sin duda va á llegar hasta sus horrendos extremos los que por el curso ordinario son inevitables. ¿Convendrán y se ampararán con dicho plan los tres partidos revolucionarios con toda la fuerza material así popular como militar de que disponen? Factible es que esto logren sin entrechocar, que es su gran anhelo. Para entonces necesita-

rá, el partido carlista, la mayor precaucion, para evitar los horrorosos escollos y precipicios de la seduccion, porque cantarán ciertas sirenas (el partido liberal doctrinario ó ecléctico) y no dejarán de encantar, como otras veces á aquellos del partido carlista que no son del número de los elegidos, ó bien constantes y fieles. En este caso ¿seria prudente que el gran partido carlista por si solo intentase la gloriosa empresa, por la que tan costosos y penosos sacrificios ha hecho, y está haciendo? al juicio y criterio de personas profundamente reflexivas me atengo, para que contesten. Dirán no pocos; si esto acontece, volvemos á las andadas anteriores y sus alternativas, y el martirio del partido carlista vá á ser perpétuo. No, contesto; no, repito; bien lejos de ser así, como los tales se figuran, concluirá la nueva farsa muy pronto. La Europa está avocada á acontecimientos los mas graves y trascendentales, los que contribuirán de un modo irresistible á la desaparicion y ruina del nuevo fantasma de Trono que se haya levantado, dando entonces lugar, y poniendo espedito el camino, para conseguir el fin tan suspirado. Desengañarse de una vez, monárquicos-carlistas, hay un fuerte obstáculo estraño, que siempre se ha opuesto al triunfo de la dinastia carlista, el cual obstàculo el año actual parece encargado de quitarlo y destruirlo. Efectuado esto, no hay que dudarlo, la gloriosa empresa se asegura. Tambien es de pensar, que antes de realizarse el portentoso triunfo del héroe y tan suspirado Duque de Madrid, D. Cárlos VII de Borbon y de Este, tenga lugar, ó sobrevenga una especie de diluvio social de doble aspecto, religioso y político, que sirva de general escarmiento á todas las clases indistintamente, y al mismo tiempo ponga espedita la via, que debe conducir (no tampoco sin pena y fatiga) al feliz y dichoso término del viaje. No hay que desmayar, monárquicos-carlistas, no, por mas que se vea prolongarse por otro poco de tiempo esta

penosa situacion que atravesamos, y que como aguda espada nos hiere, que no se estrañe semejante acontecimiento; pues, segun aparece, esta sociedad prevaricadora y tan corrompida no ha aun agotado hasta las heces el caliz de las amarguras. Los juicios del Señor son inescrutables. ¿Quien sabe, si cuanto mas purificadas por medio de las penalidades sean todas las clases sociales, mas completa y mas duradera será la regeneracion religiosa y política de España? El Altísimo todo lo ordena y dirige á nuestro mayor bien espiritual y temporal. Viendo la gran marejada política que ahora agota sobre manera los ánimos de todos los partidos, que tienen convertida á España en un Occéano revuelto, he juzgado algo útil y oportuno, ocuparme de cuanto llevo espuesto en el presente artículo, á fin de que los puros y fieles monárquicos-carlistas se mantengan firmes en medio de tantos riesgos y peligros, y al mismo tiempo conserven todos la consoladora esperanza de un glorioso á la par que prodigioso triunfo. El grande y heróico partido monárquico-carlista no puede menos, en las presentes y tan críticas circunstancias en que se encuentra la infeliz España, de estar á la espectativa de los gravísimos acontecimientos que se prevén para dentro de poco tiempo, así interiores como exteriores, particulares y generales, que es bien cierto, marcarán la línea de conducta, que mas prudente, útil y conveniente se repute, para de este modo poder trabajar con feliz éxito en la tan grande y excelente empresa de regenerar á esta ahora tan desgraciada Nacion digna de mejor suerte.

ARTICULO OCTAVO.

El lema de la Monarquía Legítima carlista debe ser sagrado, puro y castizo, sopena de perecer dicha dinastía.

Lo acontecido en Vevey (Suiza) en la Junta celebrada bajo la presidencia del mismo Duque de Madrid, D. Cárlos VII de Borbon y de Este dá ocasion al tema ó proposicion que acabo de esponer. ¿Es cierto que el célebre Caudillo de las huestes carlistas, cuya fama es europea, el insigne Conde de Morella, D. Ramon Cabrera, es cierto repito, que haya dimitido su tan honorífico encargo, por haberse resuelto á proponer á su Soberano un plan de gobierno liberal en grado supremo? Así se dice y se vá divulgando mas y mas de dia en dia. Si tal evolucion increible, á menos de demostrarse y manifestarse á la faz de toda España, desnuda y sin sombra de paliativos, llega á revestirse del carácter y nota de autenticidad, entonces si que podria considerarse el célebre D. Ramon Cabrera como fuera de la comunion carlista. Entonces, repito, todos sus grandísimos méritos, todas sus heroicidades, en una palabra todo su genio militar, que goza el privilegio de européo, irremisiblemente quedaban anonadados y desvanecidos como el humo. ¿Que es lo que en especial aquilata y engrandece hasta un grado supremo á los grandes personages? ¿no es por ventura la constancia en los principios? ¿el perseverar, en medio de las adversidades y contratiempos, inquebrantable como un peñasco en los mismos, prefiriendo bajar con honra á la sepultura al mismo triunfo de la causa, si esta tiene que padecer algun deterioro ó menoscabo en sus puros y sagrados principios? Se hace casi imposible el creer semejante bajeza en tan eminente personaje.

Por lo tanto, heróicos carlistas, no precipitarse demasiado en los juicios. Demos alguna tregua al tiempo, que todo lo irá aclarando. Poco por cierto será el tiempo, que transcurra hasta despejarse la admósfera tan obscura y tenebrosa y cargada á mas no poder de electricidad, y que á no dudarlo ha de dar lugar á truenos espantosos, rayos abrasadores y pedriscos desoladores.

Sin temor de errar puede uno decir, que el dia, que sean necesarios nuevos sacrificios reales y personales para asegurar y completar el triunfo de la causa carlista, y que llegará segun indicios á no tardar, el Héroe de Morella muy gustoso los hará como en los tiempos pasados; y para mejor espresarme, en la ocasion presente aun con mayor ánimo y resolucion por causa del gran deseo que le abrasa de libertar á nuestra ahora tan infeliz patria del abismo de males de todas especies, que cual otro spantoso diluvio la inundan, y que amenazan su total destruccion.

Hay un partido aquí en España, mis amados y fieles monárquicos carlistas, capaz de hacer arder el mismo Océano, que es el moderado. Viendo, que para dar el golpe á favor del hijo de la ex-reina, no pretenden contar con la masa del pueblo ni con otra gran parte de las clases distinguidas, que desengañadas de tantas farsas, y reconociendo los horrendos males sociales causados por el destructor sistema liberal, se han adherido de buena fé á la causa monárquico-carlista, no dejan piedra por mover á fin de meter la discordia entre los puros monárquicos y fieles carlistas. ¿Quien sabe, si el tan cacareado plan de gobierno, que respira el malhadado liberalismo por todas sus bases y artículos es obra del dicho partido farisaico y maquiavélico? Muy factible es, que así sea.

¡Ah! ¡cuan bien le vendria á este obstinado partido, el que realmente se propagase el espíritu satánico del liberalismo entre los puros monárquicos y fieles carlistas! pues de este modo pronto quedaria abatido y arruinado el carlismo. El carlismo en España aunque sea causa personal por su legitimidad, mas antes debe reputarse causa política y de principios, que es lo que la sostiene y conserva. Si se abandonasen los puros y sanos principios, que son su espíritu vital, esta causa moriria y se acabaría para siempre.

Ved pues, monárquicos carlistas, si se trabaja con el mayor afan, para que cual serpiente entre la hierba se introduzcan las ideas liberales entre los corazones de los verdaderos y constantes carlistas.

Lo que ahora está pasando, y se vá propalando acerca el liberalismo del insigne general carlista D. Ramon Cabrera, sin duda vá encubierto con un velo misterioso. Si

este misterio es de iniquidad, no dudeis que pronto se aclarará, y sabremos á que atenernos en medio de esta Babel política. Si por desgracia (lo que no es de pensar) saliese cierto, que el Héroe del carlismo, el Conde de Morella, D. Ramon Cabrera ha dado semejante paso, y no quiera retroceder, sujetándose del todo á las órdenes de su Señor D. Cárlos VII de Borbon y de Este, entonces por cierto que el espresado general quedará excluido del seno de la causa carlista, perdiendo como antes hé indicado, todo su gran mérito y heroismo.

Permitidme, ó fieles carlistas, el repetir, ¿es posible, que el que tiene su cuerpo lleno de cicatrices, testimonio de sus proezas y valor belico á favor de la causa carlista, ¿es posible, vuelvo á decir, que el que tuvo la desgracia de perder su anciana madre, víctima sacrificada por los partidarios del liberalismo, se adhiera á este destructor sistema liberal? de ningun modo puede esto creerse, á no verse y tocarse. ¿Habian de quedar para siempre inútiles y frustrados sus tan penosos sacrificios por la causa carlista? ¿Habia su fama de quedar eclipsada por semejante vileza? ¿Habia por fin su nombre de héroe quedar en los anales de España, como estigmatizado y desgraciado? Esta es la suerte, que toca á los Judas. Y este es el nombre que debe darse á los que entregan á los suyos en manos de los enemigos, y á los que reniegan y apostatan de los puros y sanos principios religioso-políticos, por cuyo sostenimiento y triunfo han combatido.

Mucho menos puede darse crédito á un tan denigrante paso de dicho personaje, si se atiende al tiempo presente. En efecto ¿quien que sienta y esté bien penetrado de la horrible situacion, en que se halla al presente toda la Europa, y en especial el reino de España, no confiesa á alta voz, que el liberalismo las ha conducido á tal extremo de desolacion, que segun indicios bien manifiestos muy pronto vá á completarse? ¡Y cabalmente venir á proponer en tal y horrible trance por remedio de los males actuales religiosos y políticos aquello mismo, que los ha ocasionado! Esto es lo mismo que echarse al fondo de los mares por no ahogarse, tirarse atado de piés y manos en

un horno encendido por no morir quemado y abrasado. En una palabra esto es un suicidio social.

Considérese además que el moderno liberalismo con todo su infernal sequito de monstruosos errores, que tienen á las naciones avocadas á un cataclismo social, está ya condenado por la autoridad competente, y pronto va á ser (si es que no lo ha sido ya) de nuevo anatematizado con toda solemnidad. Por todas estas poderosas y gravísimas razones puede decirse, que no puede creerse el liberalismo de Cabrera.

Dirán quizás algunos; tal vez el mencionado personaje obra de buena fé; tal vez se ha persuadido, ser así mas fácil el triunfo de la causa carlista: esto ahora no puede admitirse, atendidos los tiempos presentes, y especialmente de un buen católico, cual reputo al gran caudillo carlista.

Esto por fin sería nunca acabar. Si el general Cabrera ha dimitido su encargo en manos de su Soberano D. Cárlos VII, sus motivos habrá tenido para dar este paso, así como tambien el señor Duque de Madrid los habrá tenido para admitírselo. A nosotros profanos en cosas de tanto peso no nos toca mas, que vivir siempre adheridos á la persona del monarca, respetando siempre su modo de proceder, con tal que sea justo y laudable como lo es al presente segun pública declaracion de los asistentes á aquella célebre Junta, desplegando y ostentando su prudencia y firmeza el heróico Duque de Madrid, que á alta voz fué aclamado por toda aquella célebre reunion de notables, dando así pruebas de reinar una admirable paz y union entre los partidarios del señor D. Cárlos VII.

En la union está la fuerza. No hagais ningun caso, monárquicos carlistas, de las voces que se hacen correr, y son: «la desunion reina en el campo carlista: el partido carlista ya ha muerto para siempre: Cabrera se ha liberalizado, y se ha separado de la causa carlista: otros gefes carlistas hacen lo mismo.» Todo esto no es mas que un tejido de mentiras urdidas con el fin maquiavélico de dar un golpe mortal al carlismo. Habeis de saber, que ohora adelanta mas que nunca nuestra causa, (la carlista) y de tal modo que cuando llegará su oportunidad, Dios mediante, será no poco maravilloso y prodigioso su triunfo.

Ojalá aparezca pronto el manifiesto, que segun se dice, va á dar el insigne general Cabrera, pues por medio de este documento tal vez salgamos de dudas y perplejidades, que tanto al presente nos oprimen, y angustian.

Mientras no podamos, por falta de documentos, formar un juicio exacto acerca de lo que ha pasado entre el señor D. Cárlos VII y su insigne general D. Ramon Cabrera, permanezcamos mudos y silenciosos por no errar, ni perjudicar á la gran fama del Conde de Morella ni á otro cualquier sujeto á él adherido.

Los periódicos monárquico-carlistas, tambien fuera muy del caso, que guardasen una gran reserva, y se mostrasen muy prudentes en tan críticas circunstancias, hasta que con pleno conocimiento de causa pueda entonces declararse la verdad, y sin reparo puedan darse los exortos y avisos, que convengan á todo el partido monárquico-carlista.

Basta ya lo hasta aquí espuesto acerca de tan ruidoso y espinoso asunto.

Pasemos ahora á manifestar con brevedad los tres sagrados principios que forman el lema sagrado, puro y castizo de la monarquía carlista, que son Dios, Rey y Patria, que fueron á altas voces aclamados en la memorable Asamblea ó Junta de Vevey.

Antes que todo debe ser amor á Dios, es decir, el celo por la honra y gloria del Señor, del que se da el mas insigne testimonio, procurando el triunfo y engrandecimiento de nuestra Santa Religion católica, dejándola en completa libertad de accion, á fin de que todas las leyes santas, divinas y eclesiásticas sean por todos indistintamente observadas, así como tambien puestos en vigor los sagrados consejos evangélicos con la mas completa libertad. Ved pues el primer sagrado principio: antes buenos, piadosos y fervorosos católicos que lo demás. La Santa Religion en una palabra delante de todo.

Y quien no se gobierna así, sea quien sea, desde el mas alto hasta el mas bajo, vive en un error el mas funesto, y anda del todo extraviado. De aquí es, que á todos incumbe, desde el que se sienta en el trono hasta el mas bajo de los súbditos el dar ejemplo de religiosos y virtuosos. ¡Felices

y dichosos los reinos, en que aparecen en el comun de las clases esos grandes ejemplos!

El segundo principio tambien sagrado es: Rey. Se reputa sagrado por razon de considerársele como el representante de Dios en el gobierno de la nacion. Ahora que los infelices y desgraciados reinos se han apartado de Dios, se han adherido á la idea diabólica de la soberanía popular, y esto sin duda muy pronto ha de precipitar á las sociedades actuales á un abismo de males de todas especies; ahora, repito, conviene sobre manera en una monarquía bien establecida, el atenerse y agarrarse como á ancora de salvacion á este grande y sagrado principio «el Rey reina y gobierna.» Del Rey arriba, nadie á escepcion de Dios, del Rey abajo todos.

Esto por supuesto se entiende de un Rey bueno y justo, que es el verdadero padre de sus pueblos, por cuya dicha y bienestar temporal y espiritual se sacrifica.

Del modo como se hallan las actuales sociedades, cuya corrupcion es tan general, para regenerarse, cuanto mas se practique el mencionado principio, mas fácil se hará la consecucion de tan excelente fin. Con esto queda excluida hasta la sombra del tan desolador sistema liberal.

Para poderse regenerar los Reinos tan corrompidos aun despues de los castigos y azotes del Señor, será preciso inculcar y hacer cumplir antes los deberes, que hablar de derechos. Cuanto mas se habla de derechos, menos se cumplen los deberes. A las sociedades cuanto mas moralizadas y religiosas, mas libertad, (se entiende la verdadera, la que nos libra del mal) y al contrario cuanto menos religiosas y moralizadas, mayor yugo, que es el que las salva.

Finalmente el tercer principio es la Patria. Una monarquía religiosa y bien dirigida, contad, que llega á su apogeo. La España nos ofrece un buen testimonio. ¿Cuando llegó casi el *non plus ultra* de sus glorias y engrandecimiento, sino cuando fué en gran manera piadosa y religiosa? Nunca reina mas amor patrio, que cuando un reino es mas virtuoso y religioso.

¡Ojalá que estos tres sagrados principios de Dios, Rey y Patria, que han de construir y formar el lema inscrito en las banderas monárquico-carlistas, ¿y que digo han de constituir? mejor diré, ya constituyen, y que en la célebre

Junta de Vevey presidida por el mismo señor D. Cárlos VII, han coadunado á tantas notabilidades, haciendo reinar entre las mismas la mas admirable armonía, intimidad y union, coadunen tambien, y hagan reinar entre todos los puros monárquicos y fieles carlistas la gran union, que en un dia dado, Dios mediante, nos ha de proporcionar la mas insigne y maravillosa victoria! Quédese la discordia y division adherida, y fija como enclavada en todos los partidos liberales, como gérmen venenoso, que brota del mortífero arbol del liberalismo.

Ahora que segun voces, al parecer bien fundadas, la misma cabeza se nos propone por guia y conductor, nadie se exima de pagar su debido tributo de veneracion y obediencia á tan insigne gefe, cuyas vivas ansias y deseos son de sacrificarse por el mayor bien y prosperidad de la Iglesia y del Estado.

Roguemos pues, puros monárquicos y fieles carlistas, al Omnipotente, á fin de que se abrevien los dias de la tribulacion, y cuando antes podamos presenciar el tan tierno espectáculo de ver sentado en el trono de sus mayores al tan suspirado monarca D. Cárlos VII de Borbon y de Este.

En estos tres santos principios tan brevemente espuestos, cuyo desenvolvimiento y esplicacion particular requeriria un grueso volúmen, estriba la fuerza y la gran gloria de la dinastía carlista, que no una sola vez ha luchado por ellos en los campos de batalla, sellando con la preciosa sangre de sus fieles sequaces tan excelentes y salvadores principios. Si la dichosa dinastía carlista llegase á permitir y querer, que se alterasen en su esencia los espresados principios, ya no tendría razon de ser, y muy pronto desapareceria.

Que miren bien pues, lo que hacen, cuantos se atrevan á introducir en el campo carlista ciertas ideas modernas disolventes, como hermanadas del liberalismo, por cuanto se les podria dar con razon y fundamento el nombre de traidores. Por justos juicios de Dios siempre y cuando se ha intentado combinar algun plan, en que haya intervenido algun elemento disolvente, siempre se ha frustrado: señal evidente que no es del agrado de Dios el admitir

amalgamas ó combinaciones de elementos heterogéneos ó contrarios.

Ahora mas que nunca se hace indispensable, y hay una necesidad absoluta, de conservar pura é inmaculada la bandera carlista, cuando ella unicamente es la destinada por la Divina Providencia, para reformar y regenerar á esta desdichada nacion. Así sin duda lo tiene reconocido, y de ello está bien convencido y persuadido el señor D. Cárlos VII. Estoy mas que cierto, (así lo manifiestan sus actos) que dejaría de ser rey de España, y mas antes querría y preferiría no sentarse en el trono español, que poseerlo con ciertas condiciones en algun modo degradantes.

No hay pues que temer ni recelar, que el excelso Duque de Madrid, D. Cárlos VII de Borbon y de Este, deje ni permita mancillar en lo mas mínimo de lo esencial la banbera mónárquico-carlista, cuyo sagrado lema es: Dios, Rey y Patria.

U. M. C. P. C.

ADVERTENCIA.

Leido el presente discurso ó largo artículo, amados monárquicos y fieles carlistas, sin duda esclamareis: mucho sentimiento nos causa el acontecimiento del dia, cual es la dimision del gran caudillo carlista de su interantísimo cargo, aceptada por el mismo elevado personaje, representante de la causa monárquica, el Sr D. Cárlos VII, despues de una profunda deliberacion de parte de los asistentes á la Junta numerosa de las notabilidades del partido. Así es en efecto, ¿y quien que de puro y fiel carlista se gloria, dejará de participar de este sentimiento, al ver lo que acaba de pasar?

Si por una parte esto aflige y entristece á los buenos carlistas, por otra no puede menos de esperimentar el verdadero y puro monárquico carlista la mayor satisfaccion, al oir de boca del mismo D. Cárlos las siguientes palabras dignas de toda consideracion, y que ellas solas forman y constituyen el gran plan de gobierno, que por su pureza ha de ser la salvacion de España «desde hoy yo me encargo

personalmente de la direccion del partido» ved pues el puro y genuino sistema monárquico libre de hasta la menor sombra del moderno y desolador sistema liberal. Son de tanta importancia estas palabras, que parecen inspiradas por el mismo Dios.

No hay que pasar ningun cuidado, fieles y castizos carlistas, pues el puro y genuino sistema gobernamental Monárquico es el que segun pública confesion del mismo monarca legitimo queda ya en pleno vigor, y no ha de introducirse en él ni sombra de liberalismo, que es el desideratum de todos los carlistas castizos.

Asi, Dios mediante, esta España ahora tan desgraciada, que llora con lágrimas de sangre los funestos resultados del liberalismo, que la ha azotado por el espacio de treinta y siete años seguidos, se regenerará.

El santo lema inscrito en los estandartes reales, de Dios, Rey y Patria aplicados en toda su estension á la gobernacion del Estado, nos ha de salvar, y remediar eficazmente todos nuestros males.

ARTICULO NONO.

¿Por que motivo se va alargando la revolucion en España?

Segun indicios bien manifiestos, la actual revolucion española, que lleva ya de vida unos treinta y siete años, aun tiene que dar su postrer paso en la via de desolacion emprendida desde un principio. Hija prostituta de la de Francia del 89, cuyos destructores principios ha abrazado como su infame progenitura, no hay que dudarlo, ha de tener su 93 no tan duradero al parecer, pero si desastroso y desolador. Recórranse los periodos de la revolucion del vecino reino, y se observarán y notarán no pocas analogias. La diferencia se hallará en el tiempo de su duracion. Aquella principió por el despojo de las propiedades sagradas de ambos cleros, y luego en lo sucesivo de los bienes comunales, de Beneficencia etc. hasta que todo se arruinó en manos del Estado. La miseria se hizo general en el pueblo. Se persiguió con encarnizamiento, á sangre y fuego a ambos cleros y á las religiosas arrancadas todas de sus claustros. Comenzó la persecucion bajo el pretesto de juramento á la constitucion, propuesto por dos veces. Una parte del clero apostató, escandalizandó por

desgracia no poco con sus concubinatos (así llamo á sus matrimonios). Hasta que por fin se llegó á la mas horrorosa desolacion y abominacion en el Lugar Santo, pereciendo á millares de sacerdotes de todas gerarquías, y católicos de todas clases, víctimas todos de la rabia revolucionaria y furor diabólico de los enemigos de Dios y de la Santa Iglesia. Puede decirse, que un general latrocinio sembró de desolacion y ruinas á toda la Francia de uno á otro extremo. Todos cuantos tenian que perder, es decir, los propietarios tuvieron que presenciar sus despojos, y lo peor, que no pocos fueron asesinados por las turbas desenfrenadas.

Horroriza el relatar los pormenores de aquella espantosa revolucion sin igual en los anales del mundo. Solo en cierto modo puede compararse á la del pueblo judaico en tiempo de su final desolacion. Váyanse recorriendo todos los pasos de la revolucion de España ya desde sus principios, y casi ya tocamos su último período, que ha de ser sumamente desastroso bajo su doble aspecto, es decir, religioso y social. Algunos al ver, que se vá prolongando el tiempo del horrendo desastre indicado, se figuran, que tal vez se evitará por medi de un esfuerzo supremo de la mayoría de las clases. No quiero negar esta posibilidad, pero el curso de la lógica, es decir, de los acontecimientos, que de tejas abajo es irresistible, nos señala lo contrario. Cuando una sociedad ha llegado á un extremo de corrupcion, no hay que contar con el remedio sino despues de horribles sacudidas y fuertes escarmientos.

El único remedio para España está en la dinastía carlista, si es que por una especial misericordia del Señor haya de regenerarse este desgraciado reino de España, como se confia. ¿Y por que causa este eficaz remedio se va aplazando? ¡Ah! ¡cuan pocos se fijan en el espresado porque causal! ¿Y se puede humanamente hablando, fijarse? ¡parece que sí! ¿Cual es pues? Atended bien, fieles católicos y puros monárquicos. El actual estado horrible sobre toda ponderacion, en que se hallan al presente los imperios y reinos europeos, malamente llamados católicos, cuales son Austria, Francia, España, Italia y Portugal, cuyo sistema de liberalismo en ellos como encarnado, en un dia dado ya muy próximo los va á precipitar á una completa apostásia religiosa. Esto además puede traer un cisma, resultado de la pertinacia de un gran partido llamado católico-liberal, cuyas artes no bien limpias bastante se han hecho notorias y bien manifiestas en el actual Concilio Vaticano.

Al parecer todo se vá preparando, para venir á parar al mas horroroso extremo, es decir, al completo abandono de la santa religion católica de parte de los gobiernos corroidos todos por el virus del liberalismo.

Una cosa muy notable está ahora aconteciendo y es: el santo Concilio

trata ya en estos momentos de los puntos capitales, es decir, de condenar solemnemente los funestísimos errores modernos, al mismo tiempo que de declarar un cierto dogma; y ved como las potestades infernales y terrestres se agitan y conmueven pora ponerse de frente en ademan de resistencia. Y una de dos; ó cede la Iglesia en tan tremendo trance, amoldándose á las solicitudes de los gobiernos, ¿y que católico admitirá semejante posibilidad? ó no cede; en tal caso, ó impiden la continuacion del Concilio por medio de algun exbrupto ó golpe revolucionario asestado contra Roma, ó el santo Concilio termina su santa obra con toda libertad. En el primer caso sobreviene la mayor desgracia de tener que quedar suspendida para cuando Dios sabe la grande y sagrada obra conciliar. En el segundo no puede menos de haber un fuerte choque entre el Estado apóstata y la Iglesia. Si despues de terminado el santo Concilio, no hay un corte general, es decir, una verdadera separacion del gremio de la santa Iglesia de toda la venenosa zizaña, contra la que habrá recaido el rayo abrasador del Vaticano, entonces continua la actual Babel de tenerse y reputarse por católicos los mismos materialistas, ateos, racionalistas y anticristianos. Si esto tiene lugar *erunt posteriora pejora prioribus* hasta que por una ú otra via concluya este estado de cosas violento en sumo grado, y otros gobiernos animados de un espíritu secunden la doctrina del santo Concilio, haciendo que se aplique, al régimen de sus Estados, para con ella lograr su genuina reforma y regeneracion.

Para dar lugar á todos estos acontecimientos al parecer debe transcurrir un cierto espácio de tiempo algo notable, que sin duda formará época en la historia eclesiástica y profana. ¿Seria preferible, que de uno á otro dia por uno de aquellos golpes providenciales se derrumbasen y rodasen por el suelo todos los tronos europeos, á que se conserven en estado de rebelion contra de la santa Iglesia católica? No hay duda que sí, por cuanto de este modo por muy horrorosos que sean los resultados, muy presto cesarán por medio de una reaccion social, que al parecer se operaría en bien del Estado y de la Iglesia en ciertos imperios y reinos de Europa. Si se van sosteniendo los gobiernos y tronos con su espíritu satánico de rebelion á la santa Iglesia, persiguiéndola como es consiguiente, y esto se prolonga como es de temer, aun que no sea sino por tres ó cuatro años ó mas, entonces los males y horrores son sobre toda ponderacion. La vida del actual Pontífice ya va á toda prisa á su ocaso: cuenta ya 24 años de Pontificado: faltando en este calamitosísimo intérvalo, ¿no es de temer alguna larga interrupcion papal?

Agréguese á esto el no infundado recelo y temor de algun espantoso cisma. ¡A! católicos ¡que horrorosa perspectiva es esta! Algunos tal vez

digan: ¡no permitirá el Señor tantos desastres! ¡Ojalá sean estos unos verdaderos profetas! Cuando es tan general la prevaricacion, son muy de temer cosas no creidas sino despues de vistas. ¿No podria tambien acontecer, que atendido el general desarrollo de las doctrinas anticristianas, hasta se nos presentase de improviso el hombre de pecado? Parece que un enormísimo cúmulo de iniquidades gravita de lleno sobre todas las naciones de Europa y en especial sobre las mal llamadas católicas, (hablo de parte de sus gobiernos) que las hace indignas del remedio, que las nuevas dinastías podrian proporcionarlas.

Ya que hablo de estas dinastías, quiero concretarme á las tres naciones, Francia,, España y Portugal (de las demás no quiero hablar) para cuya regeneracion parecen providencialmente reservadas. Estas son la enriquista, la carlista y la miguelista. ¿Las espresadas como fuego neuvo llegarán á dar calor y luz á sus respectivos estados? Así lo esperamos de la misiricordia del Señor. ¡Ojala sea pronto! ¿No podria tambien acontecer, que se llegase á los estremos? «*Quis possit capere, capiat.*»

No hay que fiarse. Los tiempos actuales malignos son para traernos hasta el término, que por lo comun no se cree. Los aires que se respiran son pestíferos á mas no poder; un espíritu falaz y mundano, (se le llama hoy dia política) todo lo ha inundado; así es que se infectan de él hasta los mismos elegidos.

Si no se abrevian esos tiempos tan peligrosos ¿quien se preservará del contagio? ¿Tendrán la dicha de sentarse en sus respectivos tronos las espresadas nuevas dinastías? ¿Tardará mucho á realizarse tan fausto acontecimiento? ¡Ojala se cumpla lo primero y presto! ¿será esto, sin preceder una espantosa catástrofe religiosa y social, anunciada por tantos personajes religioso-políticos? Segun indicios bien manifiestos no. Por lo tanto no impacientarse, católicos monárquicos, por mas que veamos todos los dias presentarse obstáculos y mas obstáculos al tan suspirado triunfo: dejémonos en manos de Dios nuestro Señor, cuyos tremendos juicios deben cumplirse, sin que por esto dejemos de aplicar los medios conducentes al gran fin, á que aspiramos.

Para la causa santa, que defendemos, mejor el poner nuestra confianza en Dios que en los hombres. Parece, que el Señor quiere purificar mas y mas al gran partido monárquico-carlista, para mejor servir á sus altisimos fines.

Por lo demás la furiosa y desastrosa revolucion que al presente azota y oprime á España, no debe considerarse como aislada y particular sino como cosmopólita ó bien general. Así es que si en este reino llega á los extremos, que con razon y fundamento se temen, otro tanto por el

curso ordinario deben esperimentarse tal vez todas á un tiempo la Francia, Austria, Italia y Portugal como mas reas y criminales delante de Dios por los mayores abusos, que han hecho por tanto tiempo de las especialisimas gracias, con que el Señor las habia favorecido. Quien mas peca, mayor castigo merece. Las naciones protestantes, heréticas, y cismáticas no dejarán tambien de esperimentar fuertes castigos, y esto al mismo tiempo que padezcan las primeras de este modo todas á proporcion tendrán que sufrir el castigo merecido. ¿Quien sabe, si nuestra ahora infeliz pátria será la que primera salga del inmundo charco, para respirar los tan suspirados y puros aires de su completa regeneracion política y religiosa bajo el tan ansiado Monarca D. Cárlos VII de Borbon y de Este? Así sea.

ADVERTENCIA DE ACTUALIDAD PALPITANTE.

Desde luego que se persuadieron y convencieron los Gobiernos de Europa y en especial los que yá no merecen el nombre de católicos, de que el Sagrado Ecuménico Concilio actual trataba de condenar los monstruosisimos errores modernos juntamente con el Liberalismo, cuya faz se asemeja en un todo á la prostituta de Babilonia, que lleva por nombre Misterio, (por supuesto de iniquidad) un vértigo extremado, como un *delirium tremens*, les agita y les pone en movimiento sumamente activo para estorbar é impedir esta condenacion. A vista pues de semejante decision de parte del Santo Concilio, en vez de reconocer los dichos Gobiernos los funestísimos males causados por el sistema liberal, que años há está desolando los pueblos europeos, y desistir de semejante sistema, disponiéndose á aceptar con sumision la tal condenacion, todo el mundo está viendo, como ahora mismo por hacer mayor escarnio de la Santa iglesia católica reunida en concilio con su cabeza el Romano Pontífice, se aferran y se adhieren con mayor entusiasmo (por no valerme de otra espresion) al tán destructor sistema. Mírese y atiéndase lo que al presente acontece en Francia por medio del plebiscito, en Italia, en Austria, en España y Portugal, cuyo liberalismo parece avivarse más y más de dia en dia para mayor desprecio de la Santa iglesia. Esto es muy de notar en las presentes circunstancias, así como tambien el haberse avivado más y más el partido católico-liberal entre no pocos seculares, y lo peor entre los eclesiasticos de elevada Gerarquia. Esto no puede menos de causar una gravísima perturbacion, la que muy pronto se dará á conocer. ¿Que hemos de pensar de tal modo de proceder de los espresados?, lo que vulgarmente se dice, *quos Deus vult perdere, dementat*, es decir, que los que

tienen bien merecida su ruina, por justos juicios de Dios, como quien dice, se vuelven locos, insensatos y faltos de juicio.

Otra notable observacion por lo respectivo al triunfo de la causa carlista.

Por el curso ordinario no triunfará en España la reaccion monárquico-carlista, mientras quede en pie la actual dinastía Napoleónica en Francia, que siempre ó á las claras, ó de un modo oculto, se opondrá al espresado triunfo; y ahora mas que antes, desde que se ha entregado del todo al liberalismo y parlamentarismo. Hasta el presente Napoleon ha tenido la índole seductora de una Sirena para atraherse á los partidos, y hasta á los mismos carlistas, que en él han confiado p*r algun tiempo. Más esto es un modo de pensar muy tonto, por no espresarme de otro modo: desengañarse, pues de una vez, partido carlista, el grande obstáculo para alcanzar un completo triunfo, es Napoleon. En las actuales circunstancias mas ántes influirá por el entronizamiento del hijo de la ex-Reina; (lo que parece que tenemos á las puertas) y en este caso, apoyado este plan ya sea de un modo indirecto ya directo por Napoleon, ¿podrá presentarse la oportunidad tan deseada para la causa carlista? cuestion es esta de difícil solucion, por poder mediar eventualidades imprevistas. Los momentos parece, que se aproximan para la realizacion de dicho plan alfonsino. Jamás habrá para la causa carlista el camino mas espedito, que si desaparece el obstáculo antedicho. ¿Quién sabe lo que de uno á otro dia va á acontecer? Tal vez cuando mas seguros se cuenten los Gobiernos de Europa, mas presto y de improviso sobrevenga el horrible y furioso huracán, que todo lo llene de desolacion. Este año 70 segun indicios vá á ser de acontecimientos tremendos y trascendentales. Confiemos en Dios Nuestro Señor.

ADVERTENCIA FINAL Á LOS LECTORES.

Concluidos los discursos con sus adjuntos, y los vários artículos, que forman y constituyen el presente opúsculo ó folleto, he tenido por conveniente esponer las reflexiones que siguen. Por si acaso al salir á luz el presente, haya acontecido algo de muy notable y trascendental tanto en el órden político como religioso en Europa, y tal vez aquí en España, (sea lo que sea) que se fije bien la consideracion en ello; pues facil es, que ya prosiga en grande escala desde luego el desenvolvimiento de los gravísimos acontecimientos, que son el blanco ó principal objeto de tales discursos y artículos.

Mi ánimo era, darlo al público algun tiempo há, pero causas agenas á mi voluntad lo han impedido. ¿Quien sabe si por justos juicios de Dios se efectua su impresion en ocasion, en que los mismos sucesos irán marcando con rapidez pasmosa, y aterradora la realizacion de ciertos funestos anuncios? ¡Ah católicos!, cuan avocados nos hallamos en estos presentes momentos á los más horribles sacudimientos sociales así en lo político y social, como en lo religioso! ¿Se ván á cumplir aquellos horrendos anuncios, primero de una general y completa apostasía religiosa seguida ó acompañada de uno de los cismas más horribles y desastrosos, que se hayan visto? ¿Vá tambien ha realizarse aquella completa anarquía social prevista por hombres eminentes, que es el socialismo y comunismo, que es la última escala del moderno liberalismo en el órden religioso? ¡Alerta, pues católicos! ¡alerta repito! ¡Los actuales tiempos malignos son, pára conducirnos á extremos no creidos si no despues de vistos! No tengo por irremediables los males presentes. Más tengo por inevitable una espantosa catástrofe política y religiosa, antes de lograr el tan suspirado triunfo político y religioso. ¿Esos tiempos calamitasísimos, que se van á atravesar, serán de breve ó de algo larga duracion? Profundos é inescrutables son los juicios del Señor. Clamemos á Nuestro benignisimo Padre celestial, que no se prolonguen, sino que se abrevien.

Estoy casi convencido y persuadido, que no pocos de los lectores, así como vayan leyendo, ó despues de leido el presente folleto ú opusculo, dirán y esclamarán: «todo esto es demasiado triste y lugubre: el que lo ha escrito, sin duda vive preocupado de ideas tétricas: el estado actual general social no es tan malo y horrible como se nos describe: de un momento á otro pueden operarse unos cambios y mudanzas en lo político y religioso, capaces de traernos el remedio de todos esos males, que presenciamos: Dios es infinitamente bondadoso y misericordioso, y no permitirá, que nos agovien ni opriman males tan espantosos: otras épocas ha habido tan malas ó peores que la actual, y no obstante no faltó el remedio suspirado.»

A todo lo que se acaba de proponer como objecion, lo único que contesto, es: á juicio de toda persona reflexiva y de recto criterio la época presente es la de mayor perversion y corrupcion, que se haya presenciado, desde que el imperio Romano se hizo cristiano; y de consiguiente no dejan de mediar motivos gravísimos y los mas bien fundados, para temer el que se vean cumplidos ciertos horribles anuncios proféticos. Por lo demás aunque despues del mas tremendo escarmiento general social, por medio de la tan suspirada reaccion política y religiosa, se consiga el apetecido remedio de tantos males; (así lo esperamos de la infinita bondad de Dios Nuestro Señor) no obstante segun indicios bastante manifiestos la época de consolacion no se prolongará, y entonces ¿no es ya bien fundado el temor de venírsele encima al mundo actual su final catástrofe que será, la que pondrá fin al curso de los siglos? Siempre son de temer los espantosos juicios de Dios, empero mucho mas al presente, en que todo parece, que marcha á pleno vapor.

ÍNDICE.

Véndese á 2 reales el ejemplar en la imprenta de Montes hermanos, calle Mayor núm. 78, Lérida.